

2010



2025



CREEMOS • APOYAMOS • COMPARTIMOS

**LOS PRIMEROS 15 AÑOS DE LA TRANSFORMACIÓN
DE SUEÑOS EN REALIDADES DE LA CALIDAD
EDUCATIVA PÚBLICA EN CUNDINAMARCA**

*LOS PRIMEROS 15 AÑOS DE LA TRANSFORMACIÓN DE SUEÑOS EN
REALIDADES DE LA CALIDAD EDUCATIVA PÚBLICA EN CUNDINAMARCA*

Almazara de Papel SAS
Sello: Saca tu Libro

Octubre de 2025

ISBN:

Edición y producción editorial: Almazara de Papel SAS
sacatulibro@gmail.com
@sacatulibro

Bogotá, Colombia

Diseño y maquetación: Camila Pérez Garzón
Autora de la cubierta: Camila Pérez Garzón
Fotografías: Valentina Casale Esparza y Fundación Alquería Cavelier

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Todos los derechos son reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

2010



2025



**LOS PRIMEROS 15 AÑOS DE LA TRANSFORMACIÓN
DE SUEÑOS EN REALIDADES DE LA CALIDAD
EDUCATIVA PÚBLICA EN CUNDINAMARCA**

ÍNDICE:

- Fundación Alquería Cavalier: 15 años de sueños compartidos. *Carlos Enrique Cavalier Lozano, coordinador de sueños y presidente.* 08
- Cuando lo imposible se vuelve historia: de sueños lejanos a logros que inspiran. *Sergio Iván Fernández Uribe, director ejecutivo.* 14
- PROMCE: la fuerza de la articulación público-privada en la educación. *Patricia Castañeda Paz, gerente del Programa de Mejoramiento de la Calidad Educativa (PROMCE).* 20
- **Resultados que inspiran, educación que transforma: la Fundación ha diseñado e implementado cuatro programas para mejorar la calidad educativa pública de Cundinamarca** 26
- **Relatos de un legado llamado Fundación Alquería Cavalier: 15 historias inspiradoras que nos animan a seguir trabajando por la educación pública en Cundinamarca** 30

- 01** "No pensé que la leche que ordeño me daría una gran oportunidad en mi vida" 31
- 02** "Forbes Colombia me incluyó entre las '30 líderes menores de 30' más destacadas del país" 36
- 03** "Sin exigencia no hay excelencia" 42
- 04** "Comenzaré una pasantía en el MIT y en Harvard con todo el apoyo de la Fundación" 47
- 05** "Los cambios profundos incomodan" 52
- 06** "Quiero ser un puente en Ingeniería Biomédica entre Alemania y Colombia" 57

- 07** "Liderar desde la ruralidad es sembrar oportunidades" 62
- 08** "Vine a Francia con un propósito: ser un apoyo para mi familia" 67
- 09** "El cambio más profundo fue impulsar una formación verdaderamente integral" 72
- 10** "La Fundación no es solo una institución; es una familia que siempre confió en mí" 77
- 11** "Quiero usar la medicina no solo para curar, sino para transformar comunidades" 82
- 12** "El talento se multiplica cuando se acompaña de disciplina" 88
- 13** "No es solo teoría; son acciones concretas" 93
- 14** "Quiero estudiar, trabajar y hacer felices a mis papás" 98
- 15** "Tengo tatuada la palabra *resiliencia* en el brazo" 102

- **15 años invirtiendo en el mejoramiento de la calidad educativa pública de Cundinamarca** 107
- **Un equipo que transforma sueños en realidades** 108
- **Juntos hemos demostrado que todo es posible; lo mejor aún está por venir** 110



15 años de sueños compartidos

Carlos Enrique Cavalier Lozano
*Coordinador de sueños y presidente de la
 Fundación Alquería Cavalier*



LUEGO DE 15 AÑOS DE LA CREACIÓN DE LA FUNDACIÓN

Alquería Cavalier, puedo decir que el sueño de una educación pública de alta calidad ha echado fuertes raíces, por lo menos en ciertos lugares del departamento de Cundinamarca. Todo esto gracias al convencimiento inicial de rectores en Cajicá y Chía que nos han acogido con los brazos abiertos ya por muchos años. Y de los alcaldes, y los gobernadores Nicolás García y Jorge Rey. También gracias a los 200 rectores que hacen parte del Programa de Mejoramiento de la Calidad Educativa (PROMCE) y que ven la educación más allá de otros elementos esenciales como la matrícula, la permanencia y la alimentación de centenares de miles de niños.

La educación empezó así, cuidando niños mientras sus padres iban a trabajar al inicio de la revolución industrial. Pero 250 años más tarde las economías y sociedades más avanzadas han hecho de la educación el principal proceso para transformar vidas.

Y así lo planteó Nelson Mandela en una frase bien conocida por todos: "La educación es el arma más poderosa para cambiar el mundo (...) La educación es el gran motor del desarrollo personal. Es a través de la educación que la hija de un campesino puede llegar a ser médica, que el hijo de un minero puede llegar a ser jefe de la mina, que el hijo de trabajadores agrícolas puede llegar a ser presidente de una gran nación". Y así estamos tratando de hacer la transición de que la matrícula, la asistencia y permanencia, aseguradas ya, las demos por hecho y pasemos a enfocarnos en altos niveles de calidad; hemos encontrado en esa tarea a maestros muy bien equipados intelectual y profesionalmente.

Ese sueño de tener una mejor educación en el sector público lo comenzó a compartir mi padre Enrique Cavalier hace 66 años con la instalación de "la pasteurizadora La Alquería", en la finca que tenía su padre, el "profe" Jorge E. en Cajicá.

Solicitó entonces un permiso para abrir allí mismo una escuela pública mixta, la primera del departamento, pues las otras quedaban muy lejos para que los hijos de los colaboradores de la planta de leche, que vivían en la finca, tuvieran acceso a pie. Y así crecí en aquella finca: sintiendo que la educación era algo natural, un derecho público para todos esos niños que fueran mis compañeros de juego.

Cuando viajaba a diario en el carro que me llevaba desde Cajicá hasta el Liceo Francés en Bogotá, me cruzaba con los niños de la escuela de Fagua y luego con cientos más atravesando Cajicá para llegar antes de las siete de la mañana a los salones de clase.

A medida que fui madurando empecé a preguntarme por el modelo educativo que tendrían estos niños y los millones por todo Colombia que asistían al sistema público. Luego, más allá de entender que el modelo de educación no era el mejor, comencé a pensar cómo desde Alquería podríamos aportar para transformar esa realidad.

En 2010 finalmente creamos la Fundación Alquería Cavalier y, con el apoyo de la Secretaría de Educación de Cundinamarca liderada por Álvaro Díaz —bajo el ojo tutelar del gobernador Andrés González—, empezamos a sembrar ese sueño entre los rectores de los colegios públicos. Ellos fueron los que nos ayudaron a identificar a los estudiantes talentosos de último año de bachillerato, con el objetivo de prepararlos y apoyarlos con una beca para estudiar en alguna de las mejores universidades del país.

Así nació el primer programa de la Fundación llamado Talentos Excepcionales: un sistema de becas universitarias que hoy llega a 529 estudiantes de colegios públicos.

Han ido transformando la realidad de sus hogares al convertirse, muchos de ellos, en los primeros profesionales de su núcleo familiar.

También han empezado a transformar la realidad de muchos municipios, al ayudarnos a escribir por primera vez en el imaginario rural que ir a la universidad es posible y que puede ser una oportunidad para todos.

En estos 15 años de recorrido, la fuerza de nuestros sueños también se ha multiplicado. En 2024 nuestro Semillero de **Talentos Excepcionales** conformado por 38 estudiantes de colegios públicos alcanzó un promedio de 383 puntos en las pruebas Saber 11. Si hipotéticamente ellos representaran un solo colegio, serían el quinto mejor colegio de Colombia incluyendo públicos y privados de calendario A y B, y sin duda el mejor público del país, por encima 12 puntos del reconocido Colegio Humboldt de Barranquilla.

La Academia ha entendido y compartido nuestro sueño desde el principio: 49 universidades han creído en los **Talentos Excepcionales** de los estudiantes para apoyarlos en su ingreso a la educación superior.

Universidades como Los Andes, la Javeriana, el Rosario, la Nacional y La Sabana han invertido con nosotros en el futuro del país.

La infancia es la raíz para la construcción de ciudadanos integrales. Por eso emprendimos otra iniciativa.

A través del programa Embajadores sin Fronteras, colegios bilingües como el Liceo Francés, el Colegio Los Nogales y el Gimnasio Hontanar, han abierto sus puertas para becar a 69 niñas y niños de grado quinto, provenientes de los colegios públicos de Cajicá, Tabio, Tocancipá y Chía.

Estos niños y niñas han continuado sus estudios de primaria y bachillerato, completamente becados, y posterior a su graduación como bachilleres, hemos podido financiar sus estudios de educación superior en las mejores universidades dentro y fuera del país.

Haber ingresado al Liceo Francés a los cuatro años fue el mejor regalo que me dejaron mis padres, así fuera en muchos momentos un tormento del cual solo emergíamos sobrevivientes. Ahí formé mi pensamiento crítico, y fui encaminado a la construcción de un país equitativo, justo y sostenible. Pero sobre todo, el Liceo me formó en la meritocracia con el lema nacional francés de *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

Cada uno de los 43 estudiantes que han sido becados para estudiar en el Liceo Francés gracias a sus rectores y al gobierno francés nos llenan de orgullo; como nuestro *embajador* Camilo Ramos, el primero del programa en ganar la Beca de Excelencia que le permitió graduarse en Física Óptica en la Universidad de Paris-Saclay y un máster en *Business Administration (MBA)* de la Université Paris Cité. Y también Ana María Bernal, quien este año fue beneficiaria de la misma beca para estudiar Ciencias Políticas y Sociales en Science Po en el campus de la ciudad de Poitiers.

Garantizar una educación inclusiva y de calidad, así como promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida, para todos, es el cuarto de los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible del Milenio. Y, según la ONU, para alcanzarlo es clave que la financiación de la educación sea una prioridad de inversión nacional.

El **Programa de Mejoramiento de la Calidad Educativa (PROMCE)** inició en Cajicá al final del 2011, cuando el municipio se hallaba 'en la mitad de la tabla' como se dice ahora. Este repentino cambio de foco de la Fundación se dio al darnos cuenta muy rápidamente de que el problema no eran los niños, sino el sistema educativo.

Luego de seis años de mejoras en una incansable lucha por subir sus niveles de calidad educativa, alcanzamos el nadir de que sus seis colegios llegaran a nivel A y la Pompilio Martínez a A+: Cajicá se convirtió en el mejor municipio de educación pública de Colombia.

Este año esperamos volver a ese nivel, pero con tres colegios en A+ consolidando un hecho que es repetible en cualquier municipio de Colombia si existe la voluntad y la obstinación de los rectores y las administraciones locales y regionales.

Hoy en día, la Fundación Alquería Cavelier ha tenido la fortuna de contar con el apoyo tanto del sector privado y de fundaciones como Lazos de Calandaima y Payandé, como del sector público. En 2020, el gobernador Nicolás García le apostó al PROMCE y a su implementación en 100 instituciones educativas departamentales ubicadas en 30 municipios con el apoyo de sus secretarios de educación César López y Marcela Sáenz. En 2024, gracias a la decisión del **gobernador Jorge Emilio Rey y de su secretaria de educación, Genny Padilla, pudimos volar más alto, llegando hasta 200 de las 275 instituciones educativas departamentales** no certificadas que existen en toda la región. Y *volamos* hasta 93 municipios. Nos queda por concluir este proceso en municipios certificados como Soacha, Mosquera, Funza, Fusagasugá, Girardot, Facatativá, Zipaquirá y Chía. El año pasado obtuvimos los primeros frutos claros de PROMCE: subimos al cuarto lugar nacional aumentando 5 puntos adicionales, a solo 6 del Quindío, el primero en la tabla. Nuestro objetivo es estar en el primer lugar en 2027.

El propósito de transformar sueños en realidades, como nuevo motto de Alquería, se extiende ahora a un modelo educativo estructural, capaz de articular administraciones locales y regionales, rectores y docentes, estudiantes y familias. Todos inspirados en un mismo sueño: la educación pública de alta calidad para todos, una región sin barreras sociales ni geográficas.

Con su trabajo, a pulso, cada uno de estos actores ha contribuido a desdibujar las fronteras entre las zonas rurales y urbanas. Cundinamarca ahora es el departamento con menor brecha a nivel nacional, entre las instituciones educativas departamentales rurales y urbanas; solo dos puntos separan esa división.

Esto es todo un sueño en Colombia, un país donde “la calidad de la educación en zonas rurales es preocupante debido a las grandes brechas con los resultados en las pruebas Saber 11 de las zonas urbanas. La diferencia fue de 26 puntos en contra de los estudiantes de zonas

rurales y de 41.3 con respecto a los estudiantes matriculados en colegios rurales de los 170 municipios PDET”.*

En la finca Fagua de Cajicá continúa funcionando la planta principal de Alquería, que no sería la Empresa B más grande para Colombia que es hoy sin el trabajo con propósito de cada uno de los colaboradores y de paso con la contribución de la Fundación.

Por ello, esta montó el programa Fondo de Excelencia Académica, que beneficia a 192 hijos de colaboradores de la Familia Alquería, a quienes brinda acompañamiento académico, vocacional y socioemocional para presentar con éxito las pruebas Saber 11.

Al conocer el trabajo de la Fundación Carvajal en los años ochenta entendí que cuando las empresas invierten en el desarrollo social, económico y ambiental crecen de la mano de la sociedad; aquí vino la epónima frase de Alfredo Carvajal Sinisterra de que “no puede haber una empresa sana en un medio social enfermo, porque tarde o temprano los males de la sociedad repercuten en su desempeño. Por eso, el empresario responsable debe necesariamente comprometerse en la solución de los problemas sociales”. Como coordinador de sueños de la Fundación Alquería Cavelier aprendí que hay que escuchar esos sueños, propios y ajenos, para multiplicarlos y hacerlos realidad.

Seguiré soñando junto a los aliados, rectores, docentes, estudiantes, familias, gobernadores, alcaldes y colaboradores porque tenemos todo el talento para lograr que el departamento de Cundinamarca sea en una década el mejor de la región de América Latina por sus resultados en las pruebas Saber 11 y PISA.

Esperamos también que toda Colombia siga ese camino. 

*Calidad educativa en zonas rurales de Colombia: un camino por recorrer 2024. Informe del Laboratorio de Economía de la Educación (LEE), de la Universidad Javeriana.

CUANDO LO IMPOSIBLE SE VUELVE HISTORIA:

de sueños lejanos a logros que inspiran.

Sergio Iván Fernández Uribe
Director ejecutivo



LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVALIER NACIÓ CON LA CERTEZA

de que la educación es la fuerza más poderosa para transformar vidas, comunidades y territorios. Hoy, al celebrar este aniversario, no solo miramos hacia atrás con gratitud, sino que lo hacemos mirando al futuro con una esperanza renovada y un compromiso inquebrantable con los colegios públicos de nuestra región.

Este libro reúne 15 voces que cuentan historias reales de transformación: estudiantes que volvieron a soñar, familias que encontraron esperanza, docentes y directivos que redescubrieron el sentido de su vocación. Son beneficiarios que representan a toda la comunidad educativa de un departamento con 15 provincias, en su mayoría rurales, y que hoy celebran junto a nosotros los 15 años de la Fundación. Son testimonios que nos recuerdan que la educación no es únicamente un derecho consagrado, sino la piedra angular de una sociedad más justa y la promesa de un futuro que se construye, de manera colectiva, aquí y ahora.

Desde nuestros primeros pasos en Cundinamarca, entendimos que el acceso de jóvenes a la educación superior y el mejoramiento de la calidad educativa pública no eran solo cuestión de recursos o indicadores. Se trataba, principalmente, de crear...

Crear profundamente en el potencial humano: creer que los niños, niñas y jóvenes merecen colegios que los abracen, los inspiren y los reten. Pasamos de preguntarnos qué educación necesitan nuestros estudiantes a reflexionar sobre qué educación merecen, qué maestros merecen, qué directivos merecen.

En estos 15 años hemos comprobado que los educadores tienen un poder transformador inmenso cuando se sienten acompañados, reconocidos y empoderados. Y hemos confirmado que las familias, cuando se vinculan de forma genuina al proceso educativo, se convierten en el pilar que sostiene y fortalece a toda la comunidad educativa.

A lo largo de este tiempo, hemos sido testigos de transformaciones profundas: rectores que pasaron de gestionar en solitario a liderar con visión y propósito; docentes que descubrieron nuevas maneras de enseñar y conectar con sus estudiantes; jóvenes que, gracias a una

palabra oportuna, un proyecto significativo o una experiencia reveladora, cambiaron su visión del mundo y de sí mismos. Hemos tenido el privilegio de ver cómo se transforman vidas a través del poder de la educación para materializar muchos de sus sueños.

Lo que hemos impulsado no son solo programas: son procesos que siembran liderazgo, que generan cambios en la cultura institucional y que forman ciudadanos comprometidos con sus veredas, municipios y regiones.

Sabemos que las instituciones educativas no son muros ni edificios: son comunidades vivas de personas. Por eso nuestra apuesta está centrada en el ser, antes que en el saber o el tener. Porque cuando una persona se siente valorada, encuentra su voz y se conecta con su propósito, el aprendizaje y la innovación llegan como resultado natural.

A través del coaching directivo, la reflexión pedagógica y el acompañamiento constante, hemos contribuido a que los colegios públicos se reconozcan como lugares vivos, capaces de reinventarse desde adentro para alcanzar los mejores resultados institucionales.

Allí florece un liderazgo transformador que no impone, sino que convoca; que impulsa el cambio desde la escucha y la empatía; que entiende que cada mejora institucional comienza en el desarrollo del ser.

Creemos en el potencial de las personas. Creemos que la educación puede ser el motor que moviliza sueños, rompe estigmas y construye futuro. Pero esto solo es posible si damos a cada ser humano la oportunidad de educarse con calidad y con dignidad. Porque una educación de calidad no se limita a enseñar idiomas o matemáticas, sino que forma buenos seres humanos: personas sensibles, críticas, comprometidas, capaces de inspirarse en sus propios sueños para avanzar cada día.

El impacto más valioso no se mide solo en estadísticas, sino en vínculos: cuando una madre nos cuenta que su hijo volvió a creer en el colegio, cuando un rector afirma que ya no se siente solo, cuando una estudiante nos comparte que sueña con ser ingeniera y sabemos que lo logrará.

Esas son las historias que nos mueven, nos sostienen y nos han dado los motivos para seguir creyendo que sí es posible construir un futuro prometedor para todos, con metas claras y definidas, que permitan medir el avance en los indicadores y lograr un mejoramiento continuo de la calidad educativa pública.

Aún puedo escuchar el timbre de aquel teléfono y el tono pausado de la psicóloga del Medio Universitario diciéndome: "Sergio, has sido becado". Era mi tercer semestre en la Universidad del Rosario y, de repente, el peso de los meses de entrevistas, visitas y nervios se transformó en un alivio inmenso y en una felicidad infinita. Pero no fue mi emoción lo que más me marcó... fue el bello rostro de mi madre cuando le di aquella noticia. No dijo muchas palabras; no necesitaba hacerlo. Sus ojos brillaban con una mezcla de orgullo, gratitud y esa certeza silenciosa de que, a partir de ese día, nuestra historia cambiaría para siempre.

Así como muchas de las familias con las que trabajamos en la Fundación, nosotros no éramos una familia con comodidades. Éramos una familia con sueños grandes y bolsillos apretados, pero con un capital invaluable: la fe en la educación. Mi padre, un hombre jocoso y de palabra firme, siempre nos repetía que la educación era el único patrimonio que nadie podría arrebatarlos. Mi madre, valiente y amorosa, siempre nos sostuvo en los momentos más duros y aún hoy sigue siendo nuestra mayor inspiración. Mis hermanos se convirtieron en mis aliados: mi hermana, regalándome lo que podía para que estudiara con dignidad; mi hermano, por su parte y de una manera que trasciende lo humano, un día le dijo a mi papá: "He ahorrado durante más de un año y hoy quiero regalarles este capital para que monten un negocio y, con ello, *el enano* pueda continuar sus estudios y cumpla su sueño de graduarse de la universidad".

PROMCE

La fuerza de la articulación
público-privada en la educación

Patricia Castañeda Paz

Gerente del Programa de Mejoramiento
de la Calidad Educativa (PROMCE)



CADA MAÑANA, EN LAS AULAS RURALES Y URBANAS DE

Cundinamarca, comienza algo más que una jornada escolar: se enciende una transformación que se siente en el aire. Un directivo docente que recorre los pasillos con la certeza de que liderar es sembrar visión y cosechar compromiso saluda a sus docentes con la confianza de un equipo que comparte un rumbo claro y metas alcanzables. En otro salón, una docente inicia el día con una práctica socioemocional que conecta miradas, serena el ánimo y prepara el corazón para aprender. Sabe que, en ese instante, ocurre algo tan sutil como poderoso: los cerebros de quien enseña y de quien aprende comienzan a latir al mismo compás, creando un puente invisible por el que viajan no solo conocimientos, sino también emociones, confianza y sentido. No es un ritual impuesto, es una elección consciente de quienes comprenden que enseñar es, ante todo, un acto de conexión humana profunda.

En la entrada del colegio, una madre de familia cruza el umbral no como visitante ocasional, sino como aliada estratégica. Participa activamente en la escuela de familias, propone ideas, escucha y se reconoce como parte del éxito educativo de su hijo y de toda la comunidad.

Estas escenas sencillas pero cargadas de significado son el reflejo vivo del Programa de Mejoramiento de la Calidad Educativa (PROMCE), una apuesta que desde 2012 ha unido el corazón humano de la educación con la rigurosidad institucional, demostrando que la excelencia en lo público es posible cuando se construye entre todos.

El camino no empezó con certezas, sino con un desafío y era probar que la articulación real entre el sector público y el privado podía transformar, de manera sostenible, la calidad de la educación.

El piloto en Cajicá en 2012 encendió la chispa, y pronto el modelo demostró que podía crecer y adaptarse.

Cinco componentes —liderazgo educativo, competencias socioemocionales, formación docente, escuela de familias y aprendizajes de los estudiantes— se integraron como engranajes de una maquinaria viva, capaz de mover no solo cifras, sino culturas institucionales enteras.

Hoy, ese engranaje cubre a más de 200 colegios en 93 municipios, beneficiando directamente a 146.000 estudiantes y sus familias.

Entre 2023 y 2024, Cundinamarca logró un salto histórico en las pruebas Saber 11: pasó del sexto al cuarto lugar nacional, con un aumento de 5 puntos en un solo año, un logro reservado para territorios que trabajan con visión, datos y compromiso.

Este avance no es solo estadístico: es la evidencia de que un sistema escolar puede reinventarse desde dentro cuando se le da dirección, acompañamiento y confianza.

El cambio se ve en los pasillos y en las reuniones de planeación. Un rector que ha vivido el PROMCE ya no se define como administrador, sino que asume el rol de estrategia educativa. Habla de planes de mejora, de gestión de equipos, de seguimiento por resultados y de la importancia de alinear esfuerzos con datos en mano. Los docentes han fortalecido sus competencias socioemocionales y pedagógicas; han comprendido que enseñar es también escuchar, adaptar, motivar. Y las familias han pasado de ser observadoras a protagonistas, asumiendo que educar es una tarea compartida que transforma comunidades enteras, **un sueño y una realidad que encarna el Programa de Mejoramiento de la Calidad Educativa (PROMCE).**

Nada de esto ha ocurrido por azar. El trabajo articulado entre la Secretaría de Educación de Cundinamarca y la Fundación Alquería Cavelier ha sido decisivo para que el PROMCE crezca con solidez y llegue a cada rincón del departamento.

La visión estratégica, la capacidad para coordinar esfuerzos y la pasión por la calidad educativa se han transformado en acciones concretas que garantizan que cada institución reciba el acompañamiento necesario y que las metas compartidas se mantengan siempre vivas. Desde la gerencia del programa, la Fundación Alquería Cavelier ha velado por que cada componente conserve su coherencia técnica y su sentido profundamente humano, cuidando el rumbo y tejiendo alianzas que multiplican el impacto. En este engranaje, Tatiana aporta la precisión de las herramientas de seguimiento y análisis, mientras Francy y Andrea fortalecen el acompañamiento en territorio, asegurando que ninguna institución quede sola en su camino hacia la excelencia.

A este esfuerzo se suma todo un equipo de operadores, asesores pedagógicos, personal de la Secretaría de Educación y el Fondo de Desarrollo de Proyectos de Cundinamarca (Fondecún), quienes desde diferentes frentes ponen manos, mente y corazón para que la transformación educativa de Cundinamarca no sea un discurso, sino una realidad cotidiana.

Ese trabajo mancomunado ha permitido que el PROMCE no solo se consolide, sino que expanda su alcance y profundidad.

Gracias a una articulación constante entre la Fundación Alquería Cavelier y la Gobernación de Cundinamarca, las acciones han llegado a territorios históricamente apartados, conectando colegios rurales y urbanos bajo una misma apuesta de calidad.

Lo que comenzó como un piloto, hoy es una estrategia que integra comunidades, fortalece capacidades y demuestra que la unión de voluntades puede transformar el panorama educativo de un departamento entero.

2021 Alianza con Gobernación: se inicia una alianza con la Gobernación de Cundinamarca que permitió llevar el modelo a todo el territorio. En su primera etapa, el proyecto abarcó 24 municipios no certificados y 82 instituciones educativas oficiales, sentando las bases para un salto cualitativo en la educación pública regional. Este inicio contó con el decidido respaldo de la Secretaría de Educación departamental y de los gobiernos locales. Se replicaron experiencias exitosas en municipios piloto como Cajicá, Tabio, Zipaquirá, Chía y Tenjo hacia nuevas zonas.

2022 Nuevos aliados del sector privado: la Fundación Alquería Cavelier, fiel a su compromiso con el mejoramiento de la calidad educativa, buscó más aliados para ampliar la cobertura y profundizar el impacto del PROMCE. Ese año se sumó la Fundación Lazos de Calandaima, que apoya de manera sostenida a ocho instituciones educativas en los municipios de Anapoima y Apulo. Por su parte, la Fundación Social Payandé se convirtió en un aliado clave para el municipio de Quebradanegra, respaldando a dos instituciones educativas con iniciativas que fortalecen varios componentes del programa.

2024 Expansión del modelo: gracias a los aliados estratégicos, el PROMCE continuó creciendo. La Fundación Lazos de Calandaima amplió su apoyo al municipio de Viotá, sumándose a su trabajo previo en Anapoima y Apulo, y consolidando su cobertura en ocho instituciones educativas rurales. Al mismo tiempo, la Gobernación de Cundinamarca, a través de su Secretaría de Educación, coordina e impulsa los componentes del PROMCE en todo el departamento, asegurando alineación, continuidad y respaldo institucional. Esta sinergia público-privada ha permitido cerrar brechas históricas entre lo rural y lo urbano, evidenciando que cuando ambos sectores trabajan con un propósito común, la educación se convierte en un motor de equidad y desarrollo.

2025 Meta departamental y alcance actual: hoy, el impacto del PROMCE es tangible en todo Cundinamarca. El programa beneficia a 200 instituciones educativas en 93 municipios, consolidando una mejora continua y sostenida en la calidad educativa. El éxito ha sido tal, que en el plan de desarrollo del actual gobierno departamental se incorporó como meta su expansión y sostenimiento. Este compromiso oficial ha venido acompañado de un incremento significativo en los recursos financieros destinados al programa, que han impulsado su crecimiento y garantizan su continuidad en el cuatrienio 2024-2027.

Hoy, las alianzas entre la Gobernación de Cundinamarca y las fundaciones privadas han potenciado el PROMCE, con lo que logran expandir su cobertura y profundizar su impacto.

Cuando el sector público y el privado trabajan con un propósito común, la educación pública se convierte en un motor de equidad y desarrollo, beneficiando a miles de estudiantes y cerrando brechas históricas entre las comunidades rurales y urbanas del departamento.

El impacto se siente en múltiples dimensiones. Las mediciones de clima escolar muestran mejoras sostenidas, reflejo de que los docentes han fortalecido sus competencias socioemocionales y han incorporado prácticas que favorecen la convivencia y el aprendizaje. Los indicadores académicos mantienen una curva ascendente y las instituciones educativas han ganado en capacidad de gestión, planeación y seguimiento. En cada municipio, hay historias que ilustran estos avances, colegios que han pasado de resultados bajos a estar

entre las mejores de su región; estudiantes que han encontrado en la educación una motivación para seguir estudiando y soñar más alto; familias que han redescubierto el valor del colegio como centro de la vida comunitaria.

El PROMCE no es un proyecto con fecha de caducidad; tampoco es solo un programa que se ejecuta: es una cultura que se instala, crece y se replica. Es la certeza de que la educación pública puede ser de alta calidad cuando se suman voluntades, se respeta la identidad de cada comunidad y se trabaja con rigor técnico y con sensibilidad humana. Es la confirmación de que la excelencia no es patrimonio de unos pocos, sino un derecho de todos los estudiantes, sin importar si viven en una vereda apartada o en un centro urbano.

Al mirar hacia atrás, la línea de tiempo del PROMCE muestra una evolución sostenida.

Ha avanzado desde aquel piloto de 2012 en Cajicá, pasando por la expansión a otros municipios, la formalización de alianzas estratégicas en 2019, la consolidación de resultados entre 2021 y 2023, y el salto histórico en las pruebas Saber entre 2023 y 2024.

Pero también muestra algo más: que el modelo es replicable y escalable, y que su fuerza reside en la suma de muchas manos, mentes y corazones que creen en lo que hacen.

El futuro no se espera, se construye. Y en Cundinamarca, cada rector(a) que lidera, cada docente que inspira, cada familia que participa y cada estudiante que aprende son la prueba viva de que cuando la educación se hace con excelencia y sentido humano, transforma no solo los colegios, sino también el rumbo de las comunidades enteras. Y esa es, quizás, la mayor victoria que puede soñar un programa como el PROMCE. 

RESULTADOS QUE INSPIRAN, EDUCACIÓN QUE TRANSFORMA:

la Fundación ha diseñado e implementado cuatro programas para mejorar la calidad educativa pública de Cundinamarca



TALENTOS EXCEPCIONALES

Promueve a estudiantes de colegios públicos para que accedan, permanezcan y culminen con éxito su educación superior en las mejores universidades dentro y fuera del país.



529
ESTUDIANTES
BENEFICIADOS



238
GRADUADOS



PROGRAMA DE MEJORAMIENTO DE LA CALIDAD EDUCATIVA (PROMCE)

Mejora la calidad educativa de los colegios públicos mediante el fortalecimiento del liderazgo educativo, las competencias socioemocionales, la formación docente, la escuela de familias y el aprendizaje de los estudiantes, a través de un enfoque integral que busca fortalecer el clima escolar, los procesos de planeación y los resultados institucionales.

200 COLEGIOS PÚBLICOS FOCALIZADOS EN:



93 MUNICIPIOS DE
CUNDINAMARCA



200 RECTORES



146.609 ESTUDIANTES
BENEFICIADOS



226 COORDINADORES



7.475 DOCENTES



133 DOCENTES
ORIENTADORES



EMBAJADORES SIN FRONTERAS

Brinda a estudiantes de colegios públicos de Chía, Cajicá, Tabio y Tocancipá la oportunidad de continuar sus estudios de primaria y bachillerato completamente becados en el Liceo Francés Louis Pasteur, el Colegio Los Nogales y el Gimnasio El Hontanar.

Posterior a la graduación como bachilleres, la Fundación financia sus estudios de educación superior en las mejores universidades dentro y fuera del país.

69 ESTUDIANTES BECADOS



43 EN EL LICEO FRANCÉS



18 EN EL COLEGIO LOS NOGALES



8 EN EL GIMNASIO EL HONTANAR



23

ESTUDIANTES GRADUADOS DEL LICEO FRANCÉS.

CUATRO DE ELLOS OBTUVIERON BECAS PARA CONTINUAR SUS ESTUDIOS DE EDUCACIÓN SUPERIOR EN FRANCIA.



FONDO DE EXCELENCIA ACADÉMICA

Brinda un acompañamiento integral a los hijos de los colaboradores de la Familia Alquería en una ruta de dos años para que los estudiantes alcancen mejores resultados en la prueba Saber y así puedan acceder a la educación superior de calidad.



192 HIJOS DE COLABORADORES BENEFICIADOS



21 GRADUADOS UNIVERSITARIOS

Alquería ha sido recertificada como la Empresa B más grande de Colombia por su impacto económico, social y ambiental. Este programa es un reconocimiento al trabajo con propósito de todos sus colaboradores. El reconocimiento y la gratitud está presente en la Familia Alquería.

RELATOS DE UN LEGADO LLAMADO FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER

15 HISTORIAS INSPIRADORAS QUE NOS ANIMAN A
SEGUIR TRABAJANDO POR EL MEJORAMIENTO DE LA
CALIDAD EDUCATIVA PÚBLICA EN CUNDINAMARCA



**JUAN DAVID
BLANCO
RODRÍGUEZ**

MEDINA

Estudiante de
Ingeniería Industrial
en la Universidad de
los Andes

Fondo de Becas
Enrique Cavalier

**Programa Talentos
Excepcionales**

“

**NO PENSÉ QUE LA LECHE QUE ORDEÑO ME
DARÍA UNA GRAN OPORTUNIDAD EN MI VIDA**

”

Esta es la historia de cómo un niño campesino llanero llegó a una de las mejores universidades del país. Es del municipio de Medina, ubicado en Cundinamarca, pero conocido como 'La puerta del Llano' por su ubicación limítrofe con el Meta.

Ese niño que madrugó tantas veces a arrear vacas ahora se mueve por los pasillos de la universidad de sus sueños, entre grandes edificios arquitectónicos y junto a destacados intelectuales. Pasó de atravesar un río para ir al colegio a nadar en una piscina olímpica. De vivir entre animales, a rodearse de amigos. Y la clave de todo fueron los libros que guardaba su madre y que constituían su única entretenimiento en una época en que no tenían internet. Eran su ventana al mundo.

Hoy se han multiplicado en su nueva vida, en el estudio y en la oportunidad que recibió de la Fundación Alquería Cavelier. Cada semana viajaba cientos de kilómetros para asistir a los talleres del Semillero de Talentos. Dice que en el bus pensaban no cobrarle pasaje sino directamente arriendo. Pero incluso con el cansancio a cuestas, nunca perdió el entusiasmo.

Disfruta de las oportunidades que le brinda el entorno universitario, incluido el fútbol, y se prepara para llevar lo mejor a su tierra. Porque algo en él no ha cambiado: su conexión profunda con el lugar que lo vio nacer. No olvida de dónde viene, pero sabe hacia dónde va y cada paso de su trayectoria es un homenaje a quienes lo criaron con esfuerzo y esperanza.

Gracias al apoyo de la Fundación y al compromiso que lo ha acompañado desde niño, Juan David ha demostrado que el talento no entiende de geografía. Que los grandes sueños también nacen en los pueblos más pequeños. Y que cuando alguien camina con los pies en la tierra y la mirada en el horizonte, ningún río es demasiado ancho ni ningún sueño demasiado alto.

Soy campesino llanero, nacido y criado en la vereda Santa Elena, en el municipio de Medina. Cuando alguien llega a mi casa, le hago una advertencia: aquí hay un solo requisito para entrar, y no es menor: hay que ponerse un sombrero llanero. No es un adorno, sino un signo de identidad. Es respeto por la tierra, por la historia, por lo que somos.

Crecí en el campo. Toda mi vida ha sido el campo. Y no la cambiaría por ninguna otra. Mi infancia fue la mejor que pude tener: madrugar con mi mamá y mi papá a las cuatro de la mañana, salir juntos a buscar las vacas en el potrero, llevarlas al corral, ordeñarlas. Después, ensillar el caballo y acompañar a mi papá a mover el ganado al siguiente potrero. Lo hacíamos con cariño. Como se hace todo en la tierra.

Cuando terminábamos, regresaba a la casa, desayunaba rápido y tenía que estar listo antes de las 6:40 a.m. porque pasaba la ruta escolar que nos llevaba al colegio. Eso, claro, cuando había ruta. Porque cuando llovía fuerte, nos tocaba bajar hasta el río. El río se llama Guajarecito, y como no hay puente, cuando se crece, no pueden pasar los carros ni nada. Entonces tocaba caminar con mi hermanito hasta allá. Yo lo cruzaba alzado, y ayudaba también a los otros niños de la vereda que iban al Colegio San Pedro de Guajaray. A veces la escuela comenzaba con los pies mojados y los zapatos embarrados, pero nunca con las ganas encogidas. Yo iba feliz. Me gocé el colegio.



Escanea el código y descubre más detalles de su historia

DECISIONES QUE INSPIRAN

EN DÉCIMO, EN 2022, LLEGÓ A NUESTRO SECTOR DE CUNDINAMARCA LA CONVOCATORIA DE TALENTOS EXCEPCIONALES DE LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER. LA RECTORA ME DIJO QUE CUMPLÍA CON LOS REQUISITOS: BUENAS NOTAS, COMPROMISO, GANAS. ERAN JORNADAS INTENSAS. SALÍA LOS VIERNES Y MADRUGABA LOS SÁBADOS. Y LO HACÍA CON GUSTO.

En grado once, los que pasamos debíamos ir todos los fines de semana a Cajicá. Yo partía desde Cumaral a la medianoche y llegaba —tras seis u ocho horas, según el tráfico— al portal El Tunal de Bogotá. Mientras esperaba el Transmilenio, que comenzaba a operar más tarde, me moría de frío y de miedo de que me robaran. Veía en cada sombra una amenaza. Mi mamá me advertía mucho que debía tener cuidado, pero nunca me quitó las alas. Luego atravesaba la ciudad de sur a norte y tomaba un bus intermunicipal hasta Cajicá. A veces me tocaba ir de pie, y aprendí a dormir sin silla, agarrado de una barra. Llegaba como a las ocho u ocho y media. Allá recibí refuerzos de matemáticas, química, inglés... Pero también nos daban algo más profundo: confianza, orientación, impulso. La Fundación me sostuvo de la mano. Nunca me sentí solo.

A la vuelta me bajaba en Cumaral, donde viven mis hermanos. Pasaba con ellos la noche porque al otro día, el domingo, trabajaba en un asador, que me daba ingresos considerables para mí.

A mitad de año ingresé al Campamento de Verano de la Fundación, que fue muy bacano porque en quince días nos llevaron a conocer las mejores universidades de Bogotá. Ahí fue cuando elegí mi carrera: Ingeniería Industrial. Me gusta porque trata sobre gerencia de empresas y tiene muchos números, que me encantan.

UN SUEÑO AL AIRE

Desde pequeño tenía un sueño que parecía imposible: llegar a la Universidad de los Andes. Solo la conocía por lo que escuchaba en la radio. Pero gracias a mi familia y al señor Carlos Enrique Cavalier —que de verdad es nuestro coordinador de sueños—, hoy ese anhelo es mi realidad.

Ahora estudio y vivo en Bogotá. Ha sido un gran reto. El cambio de campo a ciudad fue un golpe muy fuerte cultural y psicológico, pero en esos viajes previos había aprendido a soltar, a abrir la mente a un nuevo mundo, a abandonar el miedo. Ahora estoy muy feliz porque, aparte de estudiar, puedo jugar fútbol en la universidad, que es mi otra pasión.

¿QUÉ SIENTO YO AL SER LA PRIMERA GENERACIÓN DE LA FAMILIA EN LLEGAR A LA UNIVERSIDAD? PARA MÍ ES UN ORGULLO. PARA MI MAMI Y MIS HERMANOS TAMBIÉN. Y YO SÉ QUE QUIZÁS SOY EL PRIMERO, PERO QUE SERÁN MÁS. Y QUE PODREMOS AYUDAR A QUE MI PUEBLO TAMBIÉN SALGA ADELANTE. PORQUE ESTE A VECES ES UN PUEBLO OLVIDADO, UN PUEBLO FANTASMA, DONDE LAS OFERTAS EDUCATIVAS NO SON SUFICIENTEMENTE BUENAS A NIVEL ACADÉMICO. PERO CON GENTE VALIOSA. ALGÚN DÍA SE LOGRARÁN GRANDES COSAS.

Creo que hay que volver al campo. El retorno es la mejor opción. Regresar preparado, con las herramientas que aquí estoy adquiriendo, y ponerlas al servicio de mi gente. La paz y la libertad que se respiran en mi vereda no se comparan con nada.

Lo que he aprendido es claro: los sueños se alcanzan con disciplina, con perseverancia y fe. Fe en uno mismo. Nadie me lo dijo, pero hoy lo sé: la leche que he ordeñado toda la vida, con mis propias manos, fue también el inicio de esta gran oportunidad. Porque lo que nace de la tierra, si se cultiva con amor, puede llegar muy lejos y alcanzar las mejores cosechas. 

LUISA FERNANDA LÓPEZ TORRES

CHOACHÍ

Estudiante
de Ingeniería
Agronómica en
la Universidad
Nacional

**Programa
Talentos
Excepcionales**



“

**FORBES COLOMBIA ME INCLUYÓ
ENTRE LAS ‘30 LÍDERES MENORES DE
30’ MÁS DESTACADAS DEL PAÍS**

”

Luisa Fernanda lleva a Choachí en el alma, aunque haya nacido en Bogotá por esas vueltas de la vida. Desde pequeña supo que pertenecer a un lugar no es cuestión de papeles, sino de raíces. Y las suyas están sembradas en esas montañas, en ese clima templado y en la fuerza de su gente.

La vida no siempre fue fácil. Pero ella aprendió a mirar más allá de las circunstancias. A los ocho años, acompañando a su mamá a hacer mercado en Bogotá, veía una universidad que le parecía inalcanzable. No imaginaba que algún día caminaría por esos mismos pasillos como estudiante ni que desde allí comenzaría a cambiar realidades.

Lo que tampoco sabía es que la picaría un bicho inesperado: el de la política. Fue un impulso que no nació de la ambición, sino de la convicción. De la necesidad de participar, de proponer, de hacer. Porque nunca quiso quedarse al margen. Quiso estar donde se toman decisiones, para que también incluyeran a los jóvenes, a las mujeres, a los campesinos. A quienes, en fin, casi nunca se escucha.

Hoy, esta joven es una de las “30 líderes menores de 30” destacadas por *Forbes Colombia*. “Fundó un movimiento que articula juventudes en torno al desarrollo sostenible”, dice la revista. “Reconocida como Talento Excepcional de la Fundación Alquería Cavelier”, agrega. Y es que Luisa es una de las líderes emergentes con mayor proyección en el ámbito agro-tecnológico, el desarrollo tecnológico y la participación juvenil.

Y es una inspiración para miles de jóvenes en su región. Es presidenta del Consejo Municipal de Juventud de Choachí, fundadora del Movimiento Juvenil Evolución Chiguana y directora de Educación en la Red Mundial de Jóvenes Políticos. Desde allí ha impulsado procesos de formación ciudadana, liderazgo colectivo y planificación territorial.

No quiere brillar sola. Su camino ha sido colectivo, con alianzas, ideas compartidas y participación real. Por eso no sorprende que sueñe con llegar al Ministerio de Agricultura. Porque ha trabajado por el campo, conoce la tierra y a su gente y ha construido desde la base. Y porque sabe que el desarrollo no puede ser un privilegio para unos pocos, sino una promesa cumplida para todos.

Nací en Bogotá, sí, pero cuando me preguntan de dónde soy, siempre digo que soy de Choachí, donde me crié desde los tres meses.

Mi papá ha sido camionero toda la vida, de esos trabajadores incansables que llevan el país al hombro. Mi mamá también viene de abajo: una mujer que, a pesar de las dificultades económicas, se pagó su propio colegio y terminó convirtiéndose en una de las primeras profesionales de la familia. Se graduó de bachillerato junto con mi tía, y luego estudió para ser docente de preescolar. Todo un ejemplo para mí.

Nosotros somos chiguanos, y lo digo con orgullo. Choachí viene de Chiguachía, que en muisca significa “lugar de adoración”. Mi mamá me enseñó a honrar ese legado ancestral, a querer mis orígenes y la historia que hay detrás.

Mi infancia tuvo momentos duros. Cuando mis papás intentaron montar una fama en Bogotá y no funcionó, volvimos a Choachí. Luego ellos se fueron un año a Vista Hermosa, una zona golpeada por el conflicto armado, y me dejaron con mi abuelita. Aunque ella me cuidaba con todo su amor, esa separación me dolió. Me sentía sola, abandonada. Y en el colegio se notaba: no me iba bien, no tenía motivación.

Pero todo empezó a cambiar cuando nos fuimos a vivir a Une, Cundinamarca, donde a mi mamá la nombraron profesora.

ALLÍ, UNA MAESTRA EXIGENTE ME MOSTRÓ ALGO QUE YO NO SABÍA QUE TENÍA: UN TALENTO EXCEPCIONAL PARA LAS MATEMÁTICAS. POR PRIMERA VEZ SENTÍ QUE SÍ PODÍA. DESDE ENTONCES, NADIE ME BAJÓ DEL PRIMER PUESTO. ESE RECONOCIMIENTO ACADÉMICO ME DIO CONFIANZA Y ME ENSEÑÓ QUE LOS LOGROS NO NACEN DEL AZAR, SINO DEL ESFUERZO Y EL COMPROMISO.

Me costó regresar a Choachí. Volver a un ambiente donde no me sentía valorada fue difícil. Pero hice nuevas amigas, me metí a baloncesto, me involucré en actividades extracurriculares. Aprendí a construir mi lugar.

UN CAMBIO EN MI VIDA

Un día me llamaron para presentar unas pruebas. De siete seleccionados, quedé admitida en el programa Talentos Excepcionales de la Fundación Alquería Cavalier. Desde la entrevista sentí que ese espacio era para mí. Y no me equivoqué: en décimo y once, me formaron no solo para tener buenos resultados académicos, sino para pensar en grande, para avanzar con propósito.

Yo ya tenía un sueño desde que era niña: estudiar en la Universidad Nacional. Lo decidí un día, con ocho años, mientras acompañaba a mi mamá al mercado en Bogotá y pasábamos frente a sus imponentes edificios. “Madre, yo voy a estudiar allá”, le dije. Y desde entonces trabajé para lograrlo.

CON EL APOYO ACADÉMICO Y SOCIOEMOCIONAL DEL SEMILLERO DE TALENTOS DE LA FUNDACIÓN, LOGRÉ UN BUEN PUNTAJE PARA INGRESAR A LA NACIONAL, PERO QUISE EMPEZAR EN MANIZALES.

Necesitaba distancia, alejarme de personas que no me aportaban. Pude empezar de nuevo, gracias al apoyo de la Fundación. Pero la separación de mi familia también me confrontó: aunque me iba bien en las clases, me aislé. Me sentía apagada, sola, atrapada en una tristeza que no entendía. Engordé diez kilos y dormía todos los días de los fines de semana. Hoy sé que vivía una depresión.

Un día me escuché a mí misma con claridad, y llamé a mi mamá. “Madre, me voy para allá”, le dije. Empaqué todo y regresé. Y me volví a presentar a la Nacional, pero en otra carrera: Ingeniería Agronómica. Cuando vi que tenía biología, química y matemáticas supe que era lo mío. Y, aunque sabía que me tomaría más tiempo llegar a graduarme, empecé de cero en Bogotá.



EL BICHO QUE ME PICÓ

Y ahí, en medio de esos procesos personales, también me picó el bichito de la política. En 2019 me invitaron a una lista para el Concejo Municipal. Me lancé con todo el apoyo de mi familia. Perdí por dos votos (solo dos, al fin y al cabo), pero ya estaba enganchada. Poco después fundamos Revolución Chiguana, un equipo juvenil independiente con el que conseguimos la mejor votación en todo Cundinamarca. Me nombraron consejera departamental por la provincia de Oriente. Era la más joven y la única ingeniera agrónoma entre abogados y politólogos.

Desde ahí, todo se ha ido sumando: una gira por el departamento, la creación de la Agenda Departamental de Juventud, un diplomado con la Universidad de Salamanca con viaje a España incluido, foros con líderes nacionales, programas de liderazgo rural.

FUI ELEGIDA DIRECTORA DE EDUCACIÓN DE LA RED MUNDIAL DE JÓVENES POLÍTICOS. Y ESTE AÑO, *FORBES COLOMBIA* ME INCLUYÓ ENTRE LAS “30 LÍDERES MENORES DE 30” MÁS DESTACADAS DEL PAÍS.

IR MÁS ALLÁ

Y como la Fundación nos ha enseñado a soñar en grande, también me postulé y gané una beca en Israel. Inicialmente viajaré a Francia y luego, en ese país, recibiré capacitación en innovación con el fin de conocer importantes empresas agro-tecnológicas del mundo. A veces me parece mentira todo lo que estoy viviendo.

Hoy estoy terminando mi trabajo de grado en Agronegocios, que será presentado en un congreso internacional en México. Sigo liderando la conformación de listas independientes juveniles en Choachí. Y cada cosa que hago, cada paso que doy, lo hago pensando en lo colectivo. Porque esto no se trata solo de mí: se trata de abrir camino, de que otros también puedan llegar. Me interesan los procesos de formación política, la planeación participativa y la incidencia en la agenda pública local y regional.

Mis papás me enseñaron algo fundamental: a ser buena persona. A compartir lo que uno tiene, aunque sea poco.

LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER ME ENSEÑÓ ALGO IGUAL DE VALIOSO: A CONFIAR EN MÍ. A VER QUE EL TALENTO TAMBIÉN NACE EN LA RURALIDAD.

Mi sueño es ser ministra de Agricultura. No por el cargo en sí, sino por un propósito: promover una reforma agraria integral, dignificar al campesinado, cerrar brechas. Porque creo en un país donde la justicia social no sea una utopía, sino una política pública con equidad construida entre todos. 

MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ DE TORRES

CAJICÁ

Exrectora de la
Institución Educativa
Departamental
Pompilio Martínez

PROMCE

“

SIN EXIGENCIA NO HAY EXCELENCIA

”



Educar no es solo enseñar: es creer. Creer que cada niño merece una oportunidad, sin importar su origen o las condiciones que lo rodean. Creer que desde un colegio público se puede transformar una sociedad. Esa ha sido la convicción de toda una vida para María del Carmen Martínez, una mujer que dedicó más de medio siglo a la educación con una entrega silenciosa pero poderosa.

Durante 26 años fue profesora, tres más se desempeñó como secretaria de Educación en Cajicá, y estuvo 23 como rectora del plantel. En total, 52 años de trabajo incansable, siempre del lado de la educación pública, siempre creyendo que sus estudiantes merecían lo mejor. Se retiró hace tres años, pero su legado sigue tan vigente como el primer día.

En el 2012, siendo rectora y con la llegada del PROMCE a su municipio, esa institución que aún siente como su segundo hogar se convirtió en el primer colegio público de Cundinamarca en alcanzar la categoría A+.

En la institución Pompilio Martínez dejó una huella imborrable. La convirtió en un referente nacional. En 2016, los medios difundieron que se trataba del “colegio más pilo del país”, y el entonces presidente Juan Manuel Santos inauguró allí el año escolar. Ese día, por fin, una institución pública era noticia por su excelencia académica.

Lograr que un colegio público estuviera entre los mejores del país no fue casualidad. Fue el resultado de la articulación y el apoyo que recibió a través del programa PROMCE como una apuesta firme por el mejoramiento de la calidad educativa pública, la exigencia y la convicción de que el talento no distingue estratos.

Hay vidas que no hacen ruido, pero dejan huella. La de Carmen Martínez es una de ellas. Una vida dedicada a abrir puertas, a formar generaciones, a construir futuro desde el aula. Su historia es la prueba de que educar, cuando se hace con amor y convicción, puede cambiar el mundo.

Yo siempre les decía a los padres y a los maestros que había que enamorarse del colegio. Si uno no está enamorado, el trabajo se vuelve una rutina. Algo mecánico. No más. Pero si uno se enamora, hace todo con cariño. Así se establecen unas metas y se trabaja con gusto, con ánimo, hasta alcanzar los objetivos.

Al colegio lo tengo en el corazón. Es mi pasión. Todo lo que hicimos allí lo hicimos con amor, con compromiso, con una apuesta decidida por la calidad. “Sin exigencia no hay excelencia”, fue mi lema durante todos los años que estuve al frente del Pompilio Martínez. Siempre creí que es necesario esforzarse al máximo para lograr buenos resultados.

PARA NOSOTROS COMO COLEGIO Y PARA MÍ COMO LÍDER EDUCATIVA FUE DETERMINANTE EL PROMCE DE LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER. REPRESENTÓ UN RESPALDO VERDADERO PARA TRANSFORMAR LA VIDA DE MUCHOS ESTUDIANTES Y CERRAR ESAS BRECHAS QUE TANTO DUELEN EN NUESTRO PAÍS. LA EDUCACIÓN PÚBLICA PUEDE SER EXCELENTE. YO LO VI. LO VIVÍ. Y LO SIGO CREYENDO CON TODO MI CORAZÓN.

Escanea el código y descubre más detalles de su historia



Les digo a los muchachos que si quieren ser unos excelentes profesionales, primero deben formarse como seres humanos con unos principios y unas fortalezas, con excelencia y sentimiento de pertenencia, con responsabilidad. Hay que alimentar la cultura, la impecabilidad, el orden y el aseo. Y después sí pueden crecer. Hay que exigirse; no guardar ningún esfuerzo. Solo así llegarán a ser excelentes.

Tengo muchos recuerdos del colegio. Tal vez uno de los más lindos es el día que me posesioné como rectora. Había una gran expectativa porque yo venía de trabajar más de veinte años como maestra y el ascenso por concurso era un reto muy alto. En ese momento sentí que podía ejecutar todo lo que había soñado. Ahora echo la vista atrás, y veo que la mayoría se cumplió. Fueron muchos los proyectos ejecutados; muchas las referencias. Fuimos referentes a nivel departamental y nacional.

EN CAJICÁ NO SOLO INICIÓ LA IMPLEMENTACIÓN DEL PROMCE EN LOS SEIS COLEGIOS PÚBLICOS DEL MUNICIPIO, SINO QUE CON ESTE PROGRAMA Y SUS CINCO COMPONENTES LOGRAMOS ALGO HISTÓRICO: LA CATEGORÍA A+, POR PRIMERA VEZ, PARA UN COLEGIO PÚBLICO DEL DEPARTAMENTO. Y SIEMPRE ME ENORGULLECERÁ DECIR QUE ESA INSTITUCIÓN FUE LA POMPILIO MARTÍNEZ.

De todo este proceso de la Fundación quiero resaltar la importancia que tuvo para nuestra institución el *coaching* educativo que recibimos, así como la formación docente, la gestión escolar, el trabajo con las familias y los estudiantes para que creyeran en el sueño de acceder a las universidades. Este programa integral nos permitió movilizar a docentes y directivos para alcanzar más y mejores resultados.

Mi otro eje es mi familia. Llevo 53 años de casada. No es poco. Mi esposo dice que el secreto es hacerme caso —en eso no se equivoca— y que todo se trata de acompañarse, de cuidarse mutuamente, de estar siempre pendientes el uno del otro. Así como lo hicimos en el hogar, así también trabajé en el colegio: con presencia, con amor.

CARIÑO POR CAJICÁ

Cuando iba hacia el colegio pasaba por la plaza principal donde está la estatua de Enrique Cavelier Gaviria, el fundador de Alquería y alcalde de Cajicá. Fue el padre de Carlos Enrique, hoy presidente de la Fundación Alquería Cavelier, a quien muchos reconocemos como un verdadero coordinador de sueños. Ese alcalde pensaba en grande. Decía que Cajicá debía ser una bella villa. Y lo logró. A su vez, era hijo de Jorge Cavelier Jiménez, el primer ministro de salud (de Higiene se llamaba entonces) de Colombia, quien, además, montó el primer centro médico de Cajicá, que en este momento está en reconstrucción.

Cajicá era muy verde, rodeada de cultivos por donde crecí. El alcalde Cavelier creía que la localidad debía progresar, pero mantener esos sembrados históricos: maíz, trigo, cebada... Ejerció su cargo durante 22 años, un periodo bastante considerable. Yo fui alcaldesa encargada en 1998, pero solo por un mes y medio, y es algo muy duro. Además, en una etapa tan corta no se alcanza a hacer casi nada.

UNA VOCACIÓN AFORTUNADA

Mi papá era agricultor y mi madre se encargaba de la casa. Éramos nueve hermanos y teníamos mucho espacio: corríamos por entre los trigales y jugábamos a las escondidas entre el maíz. Estudiábamos en grupo y yo era la profesora. Desde pequeña expresé esa vocación, y por eso mi papá me llevó a estudiar a la normal María Auxiliadora de Villapinzón. Se trata de un colegio especializado en formar docentes.

Mis padres no eran muy formados académicamente, pero eran muy estrictos y organizados. Siempre estábamos doce o trece personas compartiendo la comida y las tareas de la casa. Mis hermanos ayudaban a mi papá, que nos educó con lo que ganaba del campo.

Varios de nosotros resultamos docentes. Pienso que eso es en parte por vocación y en parte por afán de servicio. Lo más importante que he hecho en mi vida es haber tenido a mis hijos, que constituyen un sueño hecho realidad, y haber sido rectora del colegio Pompilio Martínez. Cuando visito la que era mi oficina, siento una enorme nostalgia.

En el Colegio fui feliz. Si me propusieran volver a ser la rectora, no dudaría en responder: "Mañana" .



**ANDRÉS
MATEO
CHILITO
AVELLA**

Cajicá

Estudiante
de Ingeniería
Electrónica,
Física e Ingeniería
de Sistemas y
Computación de
la Universidad
de los Andes

Fondo de Becas
Enrique Cavelier

***Programa Talentos
Excepcionales***

“

**COMENZARÉ UNA PASANTÍA
EN EL MIT Y EN HARVARD CON TODO
EL APOYO DE LA FUNDACIÓN**

”

Andrés Mateo es un joven inquieto desde siempre, de esos que parecen tener unas pilas eternas imposibles de apagar. De niño, desarmaba todo lo que caía en sus manos... pero no para dañar, sino para entender, para reinventar. Desde entonces, crear ha sido su forma de vivir. Se inventó festivales, encuentros juveniles, y hasta organizó una red de educación virtual en plena pandemia. Porque cuando todos se detenían, él encontraba formas de avanzar.

Empezó estudiando una carrera, pero su curiosidad no se conformó con una sola: ya va por tres. Y se le metió en la cabeza un sueño que a muchos les parecería inalcanzable: estudiar en el Massachusetts Institute of Technology —el famoso MIT—, y también en Harvard gracias al apoyo de la Fundación.

¿Y todo esto con qué recursos? Con las herramientas que están en la imaginación, la fe, la resiliencia y las ganas. Porque quien busca con el corazón suele encontrar.

Fue en el Congreso de Matemática Aplicada en Bucaramanga, en 2024, donde conoció a Carolina, una docente canadiense del MIT que también trabaja en Google. Una conversación bastó para que ella viera lo mismo que vio la Fundación: el compromiso sin medida, la visión clara de un joven que no se detiene. Con su guía, y gracias a su propio mérito, Mateo fue admitido en un laboratorio compartido por el MIT y Harvard. En enero de 2026 viajará a Boston a comenzar su pasantía.

Una historia de creatividad y disciplina, de ciencia y música, de sueños grandes y raíces firmes. Una historia que une libros y circuitos, cultura colombiana y proyección internacional. Andrés Mateo es la prueba viva de que con pasión, constancia y propósito, se puede llegar tan lejos como se quiera.

Soy de Cajicá, aunque nací en Zipaquirá. Allí crecí, rodeado del amor de mi mamá, Gloria, profesora de jardín infantil, y de mi papá, Saulo, celador de profesión. Mis papás se separaron cuando yo tenía cuatro años, y fue muy duro. Pero mi mamá, con el apoyo de mi abuelita, nos sacó adelante con fuerza y valentía. Estudié en un colegio rural, junto a mi primo, y desde niño he vivido con un problema en el corazón que aún me acompaña, pero nunca me ha detenido.

Recuerdo con alegría los momentos más simples de mi infancia. Uno de los más felices era cuando nos daban el kit escolar, que incluía una maletica nueva. ¡Qué emoción estrenarla! También nos daban un bono para comprar zapatos, que remendábamos cuando se dañaban. En Navidad, recibir un balón era como si me regalaran un iPhone: pura felicidad.

CURIOSIDAD EN ACCIÓN

Siempre fui muy curioso. Si algo se rompía, yo lo desarmaba y trataba de entender cómo funcionaba. Desde los ocho años supe que quería estudiar electrónica. También me enamoré de la cultura colombiana: leía los poemas del Indio Rómulo y, con el tiempo, descubrí la música tradicional. Y amo leer. Uno de los regalos más especiales que recibí fue la autobiografía de Steve Jobs.

Así nació mi primer proyecto: el Festival Infinity Music. Quería ofrecer espacios de encuentro a través de la música, con charlas y actividades donde los jóvenes pudieran divertirse.

Gracias a Dios el alcalde creyó en mí. Le pedí cinco minutos, le conté mi sueño y nos asignó un presupuesto. Al final, Dr. Crápula participó en la edición del Festival Infinity Music: con sonido profesional, carpa, banda invitada y todo organizado por un niño de once años.

LA MAGIA DEL CAFÉ

Mi mamá era rectora de un colegio pequeño y un día, en un evento, conocí a Carlos Enrique Cavalier, a quien admiraba desde niño. Nos tomamos una foto, le propuse un café y me dijo que sí. Gracias a eso entré al programa de Talentos Excepcionales. ¡Una locura!

LA FUNDACIÓN DIO UN PASO CLAVE PARA CAMBIAR MI VIDA. ME PREGUNTARON DÓNDE QUERÍA ESTUDIAR, Y RESPONDÍ SIN DUDAR: MI SUEÑO ERA INGENIERÍA ELECTRÓNICA EN LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES. YO YA ESTABA TRABAJANDO EN CARTAGENA CUANDO CARLOS ENRIQUE ME DIJO: “VENTE PARA BOGOTÁ Y COMIENZA A ESTUDIAR; NO SE PUEDE PERDER TU TALENTO”.

Mi primer día fue inolvidable: conocí esa universidad hermosa. Pero gastaba seis horas diarias en los trayectos. Gracias al acompañamiento constante de la Fundación, se dieron cuenta de mi necesidad y decidieron apoyarme económicamente para mudarme justo al lado de la universidad. Con ese tiempo libre, decidí empezar una segunda carrera: Sistemas y Computación. Así terminé estudiando dos ingenierías exigentes al mismo tiempo. Desde el primer semestre, un profesor espectacular me invitó a trabajar con él. Él era del CERN, el Consejo Europeo para la Investigación Nuclear, el mayor y más potente acelerador de partículas del mundo. Me hizo enamorar de la física y comencé esa tercera carrera. Tres carreras, un solo sueño: seguir aprendiendo, creciendo y demostrando que cuando alguien cree en uno, todo es posible.

LOS SUEÑOS SE ALCANZAN

Desde niño tuve claro mi sueño: estudiar electrónica en el MIT. Estaba decidido. Conocí el programa United World College, que brinda oportunidades a jóvenes con talento, y apliqué. Ese proceso me transformó: aprendí a escuchar, a entender a los demás. Pasé la primera etapa. Fue una alegría enorme, pero no había financiación suficiente. Pensé: “Se cerró esta puerta, pero yo aquí no me quedo”. Entonces apliqué a universidades en Estados Unidos. Harvard, MIT y Princeton me entrevistaron. ¡Y yo sin saber inglés! Por suerte, las primeras entrevistas fueron en español, pero luego sí tuve que lanzarme a expresarme en inglés como fuera. Después de eso, no supe más de ellos... ni de Harvard, ni del MIT, ni de Princeton. Pero esa búsqueda me enseñó algo esencial: que incluso cuando las respuestas no llegan, uno no debe dejar de intentarlo.



HOY PUEDO DECIR CON ORGULLO QUE TENGO UN CUPO ASEGURADO EN UN LABORATORIO COMPARTIDO ENTRE EL MIT Y HARVARD. COMENZARÉ UNA PASANTÍA EN ENERO CON TODO EL APOYO DE LA FUNDACIÓN Y DE CARLOS ENRIQUE CAVELIER, A QUIEN CONSIDERO COMO UN SEGUNDO PAPÁ. ESTOY ESTUDIANDO INGLÉS PARA ESTAR PREPARADO Y DAR LO MEJOR.

La Fundación también me ayudó a crear una empresa que desarrolla tecnología para el campo, porque yo vengo de ahí y creo profundamente en su potencial. Contamos con apoyos como Google.

Mi sueño es sencillo: transformar el mundo. Quiero cambiar miles de vidas con tecnología, desde y para el campo. Conectar y alegrar corazones, transformar realidades. Eso es lo que me mueve. ✍️

MARÍA PATRICIA ORTIZ BENAVIDES

CHÍA

Exrectora de
la Institución
Educativa Oficial
Santa María del Río

PROMCE

“

LOS CAMBIOS PROFUNDOS INCOMODAN

”



María Patricia no podía hacer nada contra eso. Lo lleva en la sangre. Tenía que dedicarse a la docencia, honrar su vocación y el legado de su padre, que fue educador. De hecho, desde pequeña jugaba a las profesoras con sus hermanas.

Fue rectora del colegio público Santa María del Río de Chía por 22 años, hasta 2024. Y allí hizo una apuesta audaz, arriesgada, que ganó: adoptó en su institución el sistema de educación relacional Fontán, que transforma la escuela en un espacio donde el respeto por cada estudiante es la base del aprendizaje. Se trata de un modelo que nació en Colombia hace treinta años, en el que no hay exámenes ni aulas tradicionales, y se basa en planes personalizados para cada alumno que se adaptan a sus necesidades, a sus habilidades, y respeta su nivel de autonomía.

El experimento fue un éxito (perdón por anticipar el final) y llevó a su colegio a la categoría más alta en los niveles de educación. La Fundación Alquería Cavelier apoyó la institución y fue testigo del tesón y de la pasión de María Patricia. Durante todos sus años como educadora, el colegio estuvo articulado con el PROMCE. Un legado que continúa.

El colegio se precia de que allí no solo se aprende sobre ciencia sino también a ser personas de bien, con espíritu humanitario y capaces de ayudar a la comunidad. Y, cuando lo hace, la sombra de María Patricia se extiende sobre todos.

Ahora, jubilada, disfruta de sus dos hijos y de sus nietos: un joven de 25 años y una niña de nueve. Lleva un ritmo de vida más relajado, en el que pinta, toma algunos cursos y bajó la velocidad. Era hora: ya dejó su huella y merece dedicarse tiempo a sí misma.

Nací en Bogotá. Soy la mayor de cinco hermanos, y desde pequeña supe que mi camino era la educación. Mi papá fue educador toda su vida, un hombre comprometido con la transformación social desde la Secretaría de Educación de Cundinamarca. Él fue quien impulsó la creación de los jardines infantiles en el departamento y yo, con ojos de niña, lo observaba con admiración mientras jugaba a ser profesora con mis hermanas. Ese legado me marcó para siempre.

Estudié educación preescolar y desde entonces he dedicado mi vida a soñar en grande, a formar con amor y a liderar con convicción. La vocación también le llegó a una de mis hermanas, que es pedagoga musical y trabaja en el jardín infantil Periquito, donde han pasado grandes líderes de este país. En nuestra casa, enseñar siempre ha sido un acto de amor.

Y mi hija mayor tampoco se escapó. Es docente de preescolar y trabajó conmigo; alguna vez me dijo, entre risas, que a todos les daba permiso menos a ella. Y era cierto.

MI PASIÓN

En el año 2002 me nombraron rectora del colegio Santa María del Río, labor que hice con pasión hasta 2024, cuando me retiré. Era una institución ubicada en una vereda de Chía, con muchas dificultades acumuladas por años de abandono. Apenas llegaba hasta noveno grado, no tenía una administración unificada y carecía de un rumbo claro.

Desde el primer día entendí que, si quería transformar el colegio, tenía que empezar por lo más básico: desde hacer cumplir la ley que ordenaba integrar preescolar, primaria y secundaria bajo una sola dirección, hasta mandar a pintar pupitres y reparar lo poco que había. El Colegio estaba descuidado en todos los sentidos: físicos, pedagógicos y humanos. Había que reorganizar, limpiar, sanar y construir.

ME TOCÓ LIDERAR UN PROCESO TITÁNICO. TRABAJAMOS EN MEJORAR LOS CURRÍCULOS, EN DARLE UN NORTE PEDAGÓGICO A LA INSTITUCIÓN Y EN CONSEGUIR ALGO FUNDAMENTAL: LA APROBACIÓN DE LOS GRADOS DÉCIMO Y ONCE. NO FUE FÁCIL, PERO LO LOGRAMOS. EL COLEGIO NECESITABA NO SOLO ESTRUCTURA, SINO TAMBIÉN PROPÓSITO.



UN MODELO DIFERENTE

Y fue así como, en 2005, como un reconocimiento al trabajo hecho se nos ofreció la posibilidad de conocer un modelo pedagógico completamente distinto: el sistema de educación relacional Fontán. Como rectora, tenía en mis manos la decisión de implementarlo o no. Era una apuesta grande, valiente. Este modelo proponía romper con la educación tradicional para centrarse en el estudiante, en su ritmo, en sus intereses, en su proceso de autonomía. Sin horarios fijos, sin exámenes iguales para todos, sin grupos de edad: una verdadera revolución. Y aunque sonara utópico, me convenció profundamente. Era una quijotada, sí, pero una quijotada necesaria.

Decidimos implementarlo. Y con la primera promoción que vivió este cambio, logramos algo que muchos creían imposible: unos buenos resultados en las pruebas Saber 11. No fuimos los mejores, pero quedamos en la mitad del camino, y eso era un avance enorme. Para nosotros, fue la confirmación de que el sistema funcionaba, de que la transformación era posible.

Pero los cambios profundos incomodan. En 2006, me cambiaron a todo el equipo docente. Había resistencia, miedo, incompreensión. Los padres de familia no estaban convencidos. Yo, para muchos, representaba una amenaza. Estaba sacando al colegio de su zona de confort. Y afortunadamente no estuve sola: el alcalde de ese momento creyó en el proyecto, y fue en ese instante clave cuando apareció una figura fundamental para nuestra historia: Carlos Enrique Cavalier, que estaba de asesor del gobernador Andrés González. Él conoció el proyecto, lo entendió y nos apoyó. Su respaldo fue decisivo.

Fue a conocer el colegio y el sistema Fontán en acción. Le mostramos todo con transparencia y entusiasmo. Al final me dijo: “Te felicito, tienes que seguir trabajando porque puedes llegar muy lejos. Tienes que alcanzar lo más alto en las pruebas Saber 11”. En 2005 estábamos en nivel medio. En 2006 subimos a nivel alto. Nos mantuvimos así hasta 2010, cuando alcanzamos el nivel superior, y en 2013 llegamos a muy superior, la categoría más alta. Luego cambiaron las escalas, pero siempre nos mantuvimos en los mejores niveles. Logramos resultados comparables a los de los colegios privados. Demostramos que la educación pública sí puede ser de calidad.

En 2010, el municipio de Chía firmó un convenio con la Fundación Alquería Cavalier. Empezamos con las becas para que los estudiantes del colegio ingresaran al programa Embajadores sin Fronteras y pudieran continuar sus estudios de primaria y bachillerato en el Liceo Francés.

Y TAMBIÉN GRACIAS AL APOYO DE LA FUNDACIÓN, DIMOS UN PASO MÁS ALLÁ: ACOMPAÑAR A NUESTROS ESTUDIANTES EN EL CAMINO HACIA LA UNIVERSIDAD. HOY PODEMOS DECIR CON ORGULLO QUE TENEMOS EGRESADOS DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, DE LA JAVERIANA, JÓVENES QUE ROMPIERON EL CICLO DE QUEDARSE COMO NIÑOS DE VEREDA SIN RECURSOS PARA CONTINUAR ESTUDIANDO. LA FUNDACIÓN LES ABRIÓ LAS PUERTAS A UN FUTURO DISTINTO.

De los dos primeros estudiantes que se graduaron, uno estudia en París y el otro, hijo de un mayordomo, es un empresario que domina cuatro idiomas. Historias que antes parecían imposibles hoy son reales.

La Fundación ha extendido su impacto a muchos más colegios de Cundinamarca, con programas como el PROMCE, que ha fortalecido los procesos pedagógicos. Incluso viajamos a Europa a conocer otros modelos educativos. Pero más allá de todo eso, lo que me llena el alma es haber sido puente para que tantos niños encontraran una verdadera oportunidad de vida.

Uno de los casos que más me ha marcado fue el de un chico invidente que se graduó en nuestro colegio, estudió en la Universidad de La Sabana, hizo una maestría y llegó a dirigir el programa de cine para ciegos del Ministerio de las TIC. Era muy pobre, y verlo llegar tan lejos me reafirma que vale la pena trabajar con pasión.

Recomiendo mucho a mis compañeros rectores que se arriesguen porque el momento que estamos viviendo en la educación es muy difícil. Los estudiantes tienen muchos problemas, pero si no nos arriesgamos a hacer cosas nuevas, a hacer cosas diferentes, no logramos nada. Lo que queremos es transformar y debemos arriesgarnos porque el mundo es de retos. 



JAVIER DANILO CORONEL BARACALDO

Chocontá

Ingeniero biomédico de la Universidad de los Andes, con maestría en Computación Biomédica en la Universidad Técnica de Múnich, Alemania

Fondo de Becas
Enrique Cavalier

**Programa Talentos
Excepcionales**

“

**QUIERO SER UN PUENTE EN
INGENIERÍA BIOMÉDICA ENTRE
ALEMANIA Y COLOMBIA**

”

Dice una canción de Joan Manuel Serrat: “Crucé por la niñez imitando a mi hermano”. Ese es el caso de Javier Danilo, que observaba con admiración a su hermano mayor, estudiante de Ingeniería Electrónica, y encontraba en él una primera guía, una inspiración silenciosa que marcaría su camino. Al mismo tiempo, acompañaba a su madre, bacterióloga, al laboratorio donde trabajaba, y entre tubos de ensayo y equipos clínicos descubría —como quien no quiere la cosa— un mundo lleno de preguntas por resolver y mecanismos por entender.

Gracias a ellos, Javier creció con los pies en Chocontá, en la provincia de Almeidas, pero con la mirada siempre puesta más allá de las montañas. Hoy vive en Múnich, Alemania, y aunque extraña el calor de su familia, ha sabido construir allí una vida tranquila, enfocada y feliz.

Estudió Ingeniería Biomédica en la Universidad de los Andes. Fue el primer estudiante graduado del programa de Talentos Excepcionales de la Fundación y el primero en irse a estudiar al extranjero. Porque luego se especializó con un máster en Computación Biomédica en la Universidad Técnica de Múnich, en Alemania.

Actualmente trabaja allí como ingeniero de proyectos en Snke, una empresa que revoluciona la tecnología médica, ayudando a médicos, investigadores y pacientes a optimizar recursos a través del análisis de datos y videos quirúrgicos. Su trabajo es el cruce perfecto entre lo técnico y lo humano, entre lo que aprendió en casa y lo que ha construido por mérito propio.

Javier Danilo quiere volver a Colombia algún día, traer consigo esas herramientas que hoy ayudan a transformar la medicina en Europa, y aplicarlas donde empezó su historia.

Dice que es feliz. Porque ha contado con el amor de su familia, ha estudiado lo que le apasiona y trabaja en lo que lo inspira. De niño nunca soñó tanto. Pero su historia demuestra que cuando se cultiva la curiosidad, se abren caminos no imaginados.

Mi madre y mi hermano son los culpables de todo.

Recuerdo muy bien cuando mi mamá consiguió un computador para la casa en Chocontá. Nos embobamos con él. Mi hermano, que me lleva cinco años y ya estaba estudiando Ingeniería Electrónica, lo exploraba con mucha seguridad, mientras yo, más pequeño, me sentaba a su lado a ver qué hacía, cómo lo hacía, qué se podía programar, desarmar, probar. No entendía del todo, pero sí sentía algo muy claro: eso era fascinante.

Mi mamá también influyó mucho en ese interés. Ella es bacterióloga y trabajaba en un laboratorio del pueblo. A veces yo la iba a ver, y por esas casualidades de la vida, allá recibían visitas frecuentes de ingenieros biomédicos. Iban a revisar los equipos, hacer mantenimiento, asegurarse de que todo funcionara bien. Yo observaba todo, como buen curioso. No entendía mucho, pero me encantaba. Esa combinación de ciencia, salud y tecnología me parecía mágica. Sin saberlo, mi mamá me estaba acercando a mi futuro. Ella me inculcó la disciplina, la búsqueda constante, el interés por entender cómo funcionan las cosas. Y mi hermano fue mi primer modelo, mi referencia.

UN MOMENTO DECISIVO

Estudié en el Rufino Cuervo de Chocontá, un colegio público que recuerdo con muchísimo cariño. En los dos últimos años de bachillerato se podía escoger una especialización, y yo opté por mecatrónica. Fue ahí donde entré en contacto con circuitos, electricidad, programación... y me enamoré aún más de ese mundo. Me gustaban las clases, sí, pero también me gustaban los partidos de fútbol con mis amigos. Y aunque también llegué a practicar taekwondo y por un tiempo dudé si seguir por lo deportivo, al final fue la mecatrónica la que me conquistó.

Fue entonces cuando apareció en mi vida la Fundación Alquería Cavalier. Yo estaba en noveno grado, en el año 2010. La Fundación llegó a nuestro colegio para identificar a estudiantes con potencial, y a partir de ahí empezamos un proceso de refuerzo en áreas como matemáticas, física e inglés. Íbamos los sábados, y aunque era un esfuerzo extra, para mí fue una oportunidad enorme.



Un año después, en 2011, tuvimos un campamento de verano en Bogotá en el que convivimos durante dos meses con otros estudiantes de distintos municipios de Cundinamarca. Allí no solo reforzamos nuestras habilidades académicas, sino que empezamos a mirar hacia el futuro: nos mostraron las universidades con las que la Fundación tenía convenio, nos llevaron a conocerlas, a explorar sus programas. Así descubrí la Ingeniería Biomédica en la Universidad de los Andes.

Cuando leí ese plan de estudios sentí que todo encajaba. La medicina, la tecnología, la ciencia aplicada a mejorar la vida de las personas... eso era para mí.

ME PRESENTÉ AL PROCESO DE ADMISIÓN DE LA UNIVERSIDAD, PASÉ LA PRIMERA ETAPA Y LUEGO VINO LA NOTICIA QUE ME CAMBIÓ LA VIDA: LA FUNDACIÓN ME IBA A APOYAR CON UNA BECA. FUE COMO GANARSE LA LOTERÍA. NO SOLO ME AYUDARON ECONÓMICAMENTE; TAMBIÉN ME HICIERON ACOMPAÑAMIENTO ACADÉMICO Y PERSONAL DURANTE TODA LA CARRERA.

Me orientaron, me dieron herramientas, me mostraron el camino para conocer otras entidades como Colfuturo, que más adelante también me apoyaría para estudiar en el exterior. La Fundación fue una puerta enorme que se abrió y detrás de la cual había un universo de oportunidades.

UN RETO CRUCIAL

Irme a Bogotá fue un cambio importante. Un reto. Pasé de tardar cinco minutos en llegar al colegio a demorarme casi una hora en Transmilenio para acudir a clase. Las jornadas eran largas, las madrugadas duras, pero la motivación era más fuerte. Vivía con mi hermano, y mi

mamá se quedó sola en Chocontá. La veíamos los fines de semana cuando podíamos. A veces le mandábamos la maleta con la ropa sucia y ella nos la devolvía con todo limpio... y con comida. Su amor siempre viajaba con nosotros.

BONDADES DE MÚNICH Y CHOCONTÁ

Me gradué como ingeniero biomédico y luego inicié la maestría en Computación Biomédica en la Universidad Técnica de Múnich. Hoy vivo en Alemania y trabajo en Snke, una empresa que transforma la tecnología médica. Allí me dedico a proyectos que analizan datos de la rama, videos quirúrgicos y procesos hospitalarios para hacerlos más eficientes y seguros. Me gusta lo que hago, pero sobre todo me gusta saber que ese conocimiento algún día puede regresar a Colombia, que lo aprendido aquí puede tener impacto allá, donde todo comenzó.

He encontrado en Múnich un ritmo de vida que, curiosamente, se parece mucho al de Chocontá: tranquilo, seguro, amable. Se puede salir a caminar por la noche sin preocupaciones, algo que valoro mucho. Además, es una ciudad muy abierta a los extranjeros —el treinta o cuarenta por ciento de la población viene de otros países—, lo que hace que uno no se sienta solo. Hay bastantes colombianos también. Algunos son amigos que conocí durante la maestría. Extraño mucho a mi gente, eso sí, y la comida. En primer lugar, los jugos de fruta naturales; no los cambio ni por la mejor cerveza.

Ya llevo ocho años fuera del país. A veces es difícil, ante todo por la distancia con la familia. Pero he tenido la suerte de que mi mamá ha venido varias veces a visitarme. Le encanta Múnich, y a mí me encanta tenerla cerca, aunque sea por unos días. Sus visitas me recargan de energía, de amor, de ganas de seguir adelante.

Hoy mi sueño es seguir aprendiendo. No sé aún si me quedaré en Alemania o si volveré pronto a Colombia, pero sí sé que quiero ser un puente. Un puente entre lo que he aprendido aquí y lo que puedo aportar allá. Porque cuando uno viene de un entorno rural y logra abrirse camino en el mundo, lo mínimo que puede hacer es volver de alguna forma. Para que otros también sueñen. Para que otros también puedan decir, como yo: mi mamá y mi hermano son los culpables de todo. Y gracias a ellos, a mis profesores, a la Fundación y a muchas personas que me han apoyado, hoy vivo un sueño que nunca imaginé de niño. Un sueño que sigue en construcción. 

GLORIA ISABEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

EL PEÑÓN

Rectora de la
Institución Educativa
Departamental
Antonio Nariño

PROMCE

“

**LIDERAR DESDE LA RURALIDAD
ES SEMBRAR OPORTUNIDADES**

”



Gloria Hernández es una líder educativa apasionada y comprometida con la transformación de vidas a través de la educación. Su recorrido comenzó en Chía, donde ejerció como coordinadora en varias instituciones oficiales, se formó en liderazgo gracias al PROMCE y fue acompañada por procesos de coaching que potenciaron su visión transformadora. Allí también fue líder de calidad en distintos comités institucionales, sembrando desde temprano su compromiso con la mejora continua.

Hoy es rectora de la Institución Educativa Departamental Antonio Nariño, en El Peñón, Cundinamarca, una comunidad rural a la que ha llegado con la convicción de que la educación puede cambiar historias. En este nuevo escenario, ha volcado su experiencia y su energía para fortalecer procesos pedagógicos, ampliar oportunidades y hacer de su colegio un referente de inclusión, adaptado a las realidades de estudiantes con trayectorias interrumpidas, jóvenes en extra-edad y adultos que buscan cerrar ciclos educativos.

Al llegar a la ruralidad, Gloria se encontró con retos muy distintos a los de su experiencia anterior: sedes dispersas, vías difíciles, limitaciones en conectividad y docentes que, en muchos casos, llevaban décadas trabajando en soledad, sin espacios para actualizarse o compartir saberes. Pero lejos de desanimarse, ha visto en estas dificultades una oportunidad para construir, crear y acompañar con más fuerza. Cada carencia se ha convertido en un impulso para innovar; cada obstáculo, en una razón más para fortalecer el trabajo en equipo y dignificar la labor educativa. Para ella, estos desafíos son semillas de cambio, y está convencida de que desde la ruralidad también se puede soñar en grande.

Soy bogotana, psicóloga y educadora. Después de años de experiencia en distintos campos de la psicología, encontré en la educación mi propósito. Llevo veinte años en este camino, guiada por la convicción de transformar vidas. De ellos, dieciocho fueron en un colegio en Chía, donde conocí la Fundación Alquería Cavalier. Hoy, como rectora en El Peñón, asumo con pasión este reto: liderar desde la ruralidad es sembrar oportunidades donde antes no las había.

Durante mi tiempo como coordinadora en Chía, asumí un rol híbrido que me permitió aplicar de forma directa mi formación en psicología, acompañando a los docentes, analizando casos y buscando siempre la mejor manera de intervenir. Para fortalecer mi perfil, cursé una maestría en gestión y dirección de instituciones educativas.

UN SENTIDO DE VIDA

Llevo un año y medio como rectora en El Peñón, asumiendo un reto completamente distinto al que había vivido antes. Este cargo exige una entrega total, y yo lo he abrazado con pasión, convencida de que la educación transforma vidas y cambia destinos. Para mí, este trabajo no puede ser solo un día más en el calendario; tiene que ser un verdadero sentido de vida. No quiero caer en la indiferencia, quiero estar aquí para sumar, para dejar huella.

REENCONTRARME CON EL PROYECTO DE LA FUNDACIÓN EN ESTA NUEVA ETAPA HA SIDO PROFUNDAMENTE SIGNIFICATIVO. AL PRINCIPIO, MI COLEGIO NO FUE FOCALIZADO, PERO NO ME RESIGNÉ: INSISTÍ, GESTIONÉ Y LOGAMOS ENTRAR. DESDE ENTONCES, EL PROMCE NOS HA ABIERTO PUERTAS Y CAMINOS.

Desde el principio supe que el programa podía significar muchísimo en un contexto con muchas necesidades. Porque no voy a negar que fue abrumador al comienzo. Yo venía de una sede única, con todo bajo control, y de pronto me encontré dirigiendo una institución con catorce sedes rurales, dos urbanas y un programa los sábados para jóvenes en extra-edad. ¡Catorce sedes! Pasé de hablar de la ruralidad a vivirla de cerca, con todas sus complejidades y su riqueza. La institución tiene apenas 350 estudiantes, pero el reto es inmenso. Es un mundo exigente, sí, pero profundamente inspirador, que me obliga a pensar, crear y buscar nuevas formas de transformar.



En un contexto con tantas limitaciones para la formación docente, el programa de la Fundación ha sido una oportunidad invaluable. Nos ha permitido capacitarnos, repensar nuestra misión pedagógica y fortalecer el trabajo colectivo. Gracias a sus componentes y acompañamiento, he podido construir un equipo comprometido, que suma en la tarea de liderar una institución con múltiples particularidades. Este programa nos impulsa a dejar atrás el discurso de la carencia y a enfocarnos en las posibilidades: ¿Qué sí tenemos? ¿Qué podemos hacer con eso? Hemos ganado apertura, herramientas y claridad en el rumbo. La ruta está trazada; ahora depende de nosotros seguir creyendo, apostándole y actuando con propósito para transformar desde donde estamos.

EL CONTRASTE ENTRE LOS COLEGIOS RURALES Y URBANOS ES PROFUNDO. EN LO RURAL, LOS DOCENTES ENFRENTAN GRANDES LIMITACIONES: ESCASAS OPORTUNIDADES DE FORMACIÓN, POCO INTERCAMBIO DE EXPERIENCIAS Y, MUCHAS VECES, AISLAMIENTO. ALGUNOS LLEVAN DÉCADAS EN LA MISMA INSTITUCIÓN SIN ACCESO A NUEVAS FORMAS DE HACER LAS COSAS. POR ESO, PROGRAMAS COMO EL DE LA FUNDACIÓN SON TAN VALIOSOS: NOS CONECTAN CON OTRAS MIRADAS, NOS MUESTRAN QUE SÍ SE PUEDE HACER DIFERENTE.

Aquí todo es más complejo: las condiciones, la infraestructura, incluso la salud emocional de los docentes, que muchas veces trabajan solos, sin apoyo. La falta de condiciones básicas, el aislamiento y las dificultades de acceso hacen que garantizar calidad educativa sea un desafío enorme, pero también una tarea profundamente necesaria. Cada día exige creatividad, inspiración y convicción. Porque para muchos

estudiantes este colegio no solo es un espacio de aprendizaje, sino de contención y esperanza. Acompañar estos procesos, abrir nuevas rutas y fortalecer a los equipos es lo que da sentido a nuestra labor. Y este programa lo hace posible, reforzando procesos, ampliando horizontes y brindando herramientas para transformar realidades.

Disfruto estar cerca de los estudiantes, fortalecer su liderazgo y acompañarlos en sus proyectos.

LA COMPRENSIÓN EN LA EDUCACIÓN

Recuerdo una ocasión en que recibimos la queja de que a un estudiante le habían hecho una “empanada”, esa broma pesada de vaciar y voltear la maleta. El problema fue que, al hacerlo, encontraron un cuchillo grande. El dueño de la maleta tenía apenas seis años. En lugar de reaccionar con castigo, decidimos escucharlo. Descubrimos que vivía solo con su papá, que sufría una fuerte adicción al celular —su única compañía— y que lo había llevado al taller a arreglar y tenía miedo de que no se lo devolvieran. Si eso llegaba a ocurrir, pensaba amenazar al técnico con el cuchillo para recuperarlo.

Intervenimos a tiempo y, junto al padre, construimos un plan de apoyo. Lo académico era secundario; lo urgente eran sus emociones. Todo se arregló, y valió la pena. Pude delegar, pero no quise. No quiero desconectarme de estas historias, porque son ellas las que dan sentido a mi labor y me recuerdan por qué estoy aquí.

Ser madre joven marcó mi camino. Quedé embarazada en el último semestre de la universidad, y aunque ya trabajaba, mi papá insistió en pagarme esos estudios como un acto de compromiso con mi futuro. En mi familia siempre se le apostó a la educación, y yo hice lo mismo con mi hija, que hoy tiene treinta años, es economista, sigue estudiando y hasta aprendiendo francés. Me inspira todos los días.

VIVO MI TRABAJO CON UNA PASIÓN PROFUNDA. CREO EN EL PODER DE LA EDUCACIÓN PARA TRANSFORMAR GENERACIONES Y ME ENORGULLECE ESE COMPROMISO. NO BASTA CON HERRAMIENTAS: SI NO HAY CONEXIÓN CON EL ROL, NO HAY IMPACTO REAL.

Esta labor me reta, me inspira y me llena el alma. Y quiero seguir disfrutándola siempre. 



**CAMILO
ANDRÉS
RAMOS
PEÑA**

Chía

Ingeniero en Física Óptica de la Université Paris-Saclay, con máster en *Business Administration (MBA)* de la Université Paris Cité

**Programa
Embajadores sin
Fronteras**

“

**VINE A FRANCIA CON UN PROPÓSITO:
SER UN APOYO PARA MI FAMILIA**

”

Camilo es un joven que ha sabido tejer dos mundos en uno solo. Desde las serenas sabanas verdes donde vivió su niñez en Cundinamarca hasta las bulliciosas calles del Barrio Latino en París, su vida es un puente entre orígenes sencillos y sueños alcanzados a pulso.

Creció en Chía, donde estudió en el colegio público Santa María del Río, un centro que todavía lo recuerda con cariño y que él visita cada vez que regresa a Colombia. Allí dio sus primeros pasos académicos, que lo llevaron luego al Liceo Francés de Bogotá, donde terminó su bachillerato, gracias a la beca de la Fundación Alquería Cavalier y el compromiso social de este colegio.

Fue justamente en ese lugar donde marcó un hito: convertirse en el primer estudiante en recibir la Beca de Excelencia de la Embajada Francesa, dirigida al programa Embajadores sin Fronteras de la Fundación. Así, Camilo pudo continuar sus estudios universitarios en Francia.

En la Universidad de Paris-Saclay se formó como ingeniero con especialización en Física Óptica. Se graduó en noviembre de 2022 y decidió seguir formándose: comenzó un MBA y hoy cursa un máster en administración de proyectos, financiado por la empresa donde trabaja, Fastroad, dedicada al transporte y la logística. Allí se encarga del análisis de datos para distintos clientes, con el objetivo de optimizar mercados y servicios.

En 2010 fue parte de la primera cohorte del programa Embajadores sin Fronteras, y desde entonces ha sido un verdadero embajador en tierras francesas. Camilo sueña en español y en francés. Tiene el alma y la cabeza en dos continentes. Su historia es una prueba viva de que el talento y la disciplina, cuando se acompañan de oportunidades, pueden abrir puertas que parecen imposibles.

Nací en Restrepo, Meta, en pleno corazón de los Llanos colombianos. Esa tierra amplia, de cielos abiertos, de vacas y pasto hasta donde alcanza la vista, fue el primer escenario de mi vida. Pero mi historia se dividió pronto entre ese campo vasto y la tranquilidad de Chía, Cundinamarca, donde crecí y empecé a estudiar. Allí, en el colegio público Santa María del Río, comencé a soñar.

Empecé a los seis años, en el grado de transición, y continué allí hasta quinto. Recuerdo esa etapa con mucho cariño: mi primer uniforme, mis primeros cuadernos, los juegos en el recreo y especialmente la cercanía con la naturaleza. Chía todavía era campo. No se escuchaban carros, apenas pasaba uno que otro avión, y todo era serenidad. Me siento afortunado de haber crecido en un entorno así.

En mi infancia conviví con muchas realidades. Viví con mi abuelita mientras mi mamá trabajaba. Ella empezó como mesera, luego fue jefe de meseros, y ahora es jefe de cocina. Siempre ha sido una mujer trabajadora, constante. Mi papá era obrero. Soy el mayor de tres hermanos. Desde pequeño sentí la necesidad de apoyar, de dar ejemplo, de buscar algo más allá de lo que me rodeaba.



EL MOTOR DE LA CURIOSIDAD

A mí siempre me ha movido la curiosidad. Me gusta buscar nuevas aventuras, conocer más, entender lo que está lejos de mí. Desde joven me ha gustado empujar mis propios límites, ver hasta dónde soy capaz de llegar. No me gusta quedarme quieto ni conformarme. Esa actitud ha sido clave en mi vida.

EN QUINTO DE PRIMARIA SE ABRIÓ UNA CONVOCATORIA ESPECIAL. LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER, EN ALIANZA CON LA ALCALDÍA DE CHÍA, BUSCABA ESTUDIANTES DE COLEGIOS PÚBLICOS PARA OFRECERLES UNA OPORTUNIDAD ÚNICA: ESTUDIAR BECADOS EN EL LICEO FRANCÉS DE BOGOTÁ.

Participé y fui seleccionado como parte de la primera cohorte. Fue un momento que marcó un antes y un después.

Todos los días tenía que hacer un recorrido largo. Salía desde Chía hasta la calle 87 en Bogotá. Eran dos horas por la mañana y dos por la tarde. No era fácil ni para mí ni para mis papás. Fue un cambio repentino, y ahora entiendo lo estresante que fue para ellos. Pero a mí me movía el deseo de estudiar, de aprender algo nuevo, de aprovechar esa oportunidad.

Al principio no fue sencillo adaptarme al Liceo Francés. No era el mejor estudiante y, además, tenía que integrarme a un entorno nuevo, con otro idioma, otras costumbres, otros compañeros. Pero poco a poco empecé a encontrar mi camino. En octavo y noveno me hice una pregunta clave: “¿Qué voy a hacer después?”. Ahí fue cuando me dije: “Voy a darla toda. Voy a concentrarme al máximo en lo que quiero lograr”.

En ese tiempo fue relevante el acompañamiento de la Fundación para entender las nuevas dinámicas que estaba viviendo.

ESTA BECA NOS TRANSFORMÓ LA VIDA A TODOS. MI MAMÁ TAMBIÉN TENÍA MIEDOS, PERO GRACIAS AL APOYO DE LA FUNDACIÓN, A LA MANERA EN QUE NOS INFORMABAN Y GUIABAN, TUVIMOS LA TRANQUILIDAD DE SABER QUE ESTA ERA LA MEJOR DECISIÓN QUE PUDIMOS TOMAR EN FAMILIA.

Tuve profesores que marcaron una diferencia. Sobre todo, los de Física y Matemáticas. Gracias a ellos empecé a interesarme en esas materias, y hoy son la base de lo que hago profesionalmente. En esos últimos años del colegio tuve un gran avance académico. Me enfoqué por completo y eso me permitió, con el apoyo de la Fundación, obtener una beca para venir a estudiar a Francia.

Estudié Ingeniería Física en la Universidad de Paris-Saclay. Fue un cambio radical. Pasé de un campo completamente aislado, donde no había casi nada, a montarme en un metro de París lleno de gente, todos corriendo a sus trabajos, cada quien en su mundo. París es una ciudad intensa, a veces estresante, pero también es un lugar que me ha enseñado muchísimo.



LA VIDA EN FRANCÉS

Después de graduarme, comencé a trabajar como analista de negocios en una empresa de transporte. Y sigo en ese proceso de aprender, de crecer, de dar lo mejor. Mi sueño ahora es ascender, avanzar en mi carrera y poder tener mi casa. Quiero ofrecerles a mi mamá y a mis hermanos un hogar seguro, un espacio propio donde puedan estar tranquilos.

Desde niño, algo que me llamó la atención fue el idioma francés. Lo veía en dibujos animados, me intrigaban las palabras, los sonidos. Y cuando tuve la oportunidad de aprenderlo, sentí que se abría una nueva dimensión en mi vida. El idioma ha sido parte esencial de mi adaptación. Me ha permitido tener pareja, hacer amigos, construir una nueva vida.

Vine a Francia también con un propósito claro: independizarme, pero al mismo tiempo ser un apoyo para mi familia. Yo sabía que, si lograba avanzar, podía ayudar desde aquí. Hoy en día envío dinero, pienso en mis hermanos, en sus estudios, en su bienestar. Uno de ellos ya se graduó en gastronomía y ahora es chef. Siento que todos en la familia compartimos esa necesidad de no conformarnos, de buscar oportunidades y aprovecharlas.

Hace cuatro años, mi mamá vino a visitarme a París. Se quedó un mes. Fue muy importante para los dos. Ella pudo ver cómo vivía, conocer mi entorno, entender que estaba bien. Conoció la Torre Eiffel, caminamos por las calles de esta ciudad que ahora también es parte de mi historia. Estaba muy orgullosa de mí. Y yo, feliz de poder mostrarle lo que había construido.

PONGO MUY EN ALTO EL NOMBRE DE LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER, QUE LIDERÓ EL PROCESO, DEL LICEO FRANCÉS Y DE LA ALCALDÍA DE CHÍA. ESAS TRES INSTITUCIONES SON CLAVE PARA QUE YO Y MUCHOS OTROS NIÑOS TUVIERAMOS UNA OPORTUNIDAD REAL DE CAMBIAR NUESTRAS VIDAS. NO SOLO ME AYUDARON A MÍ; HAN SIDO UNA LUZ GENEROSA PARA TODOS.

Mi historia no es única, pero sí es un ejemplo de lo que se puede lograr cuando se juntan el esfuerzo personal con el respaldo de quienes creen en el talento. De Restrepo, Meta, a París, Francia, ha habido muchos kilómetros y muchos cambios. Pero hay algo que nunca ha cambiado: las ganas de crecer, de aprender, de ayudar. Y esas ganas, estoy seguro, me seguirán llevando lejos. ✍️

**ALBA
PULIDO
DÍAZ**

ANAPOIMA

Docente de la
Institución Educativa
Rural Departamental
Patio Bonito

PROMCE

**“ EL CAMBIO MÁS PROFUNDO
FUE IMPULSAR UNA FORMACIÓN
VERDADERAMENTE INTEGRAL ”**



En un rincón rural del municipio de Anapoima, donde la escuela no solo forma, sino que transforma, hay una mujer que camina con paso firme entre los pasillos de la Institución Educativa Rural Departamental Patio Bonito. Se llama Alba, y su nombre resuena entre los estudiantes, docentes y directivos como sinónimo de liderazgo, compromiso y transformación.

Su liderazgo transformador se basa en una convicción profunda: educar no es solo enseñar materias, sino acompañar a cada estudiante en su desarrollo integral. Por eso, ha dedicado su vida a formar seres humanos felices, autónomos y comprometidos con su entorno.

Tiene una gran capacidad para tejer redes. Redes humanas, vivas, eficaces. Ha creado una comunidad de aprendizaje entre docentes, pares tutores y directivos de la institución. Ha impulsado una red pedagógica para que las experiencias no se queden encerradas en cuatro paredes, sino que circulen, inspiren, movilicen.

Su liderazgo no es de escritorio, sino de territorio. Está en el aula, en los pasillos, en los patios, en las reuniones, en los sueños de sus estudiantes. Cree en ellos y los orienta con convicción en sus decisiones vocacionales. Les muestra los caminos, pero, más aún, les ayuda a ver que pueden elegir. Que pueden construir una vida con sentido.

Junto al rector y el equipo directivo, que bien se han articulado con el PROMCE, ha llevado a su institución a subir de categoría C a B en solo dos años. Es el resultado de un liderazgo empoderado, estratégico. Ha gestionado recursos, articulado procesos, convertido aprendizajes en acciones concretas. Su sello es visible en cada rincón de la institución educativa Patio Bonito. En este lugar donde la educación es rural, pero la visión es global.

Alba es la prueba de que cuando una persona decide transformar su entorno desde la educación, no solo cambia vidas: multiplica futuros.

Trabajo en un colegio pequeño, sin coordinador, sin secretaria, sin personal administrativo. Solo estamos el rector y los profesores. Cuando llegué como asesora pedagógica, vi con claridad que había mucho por hacer, pero también muchas posibilidades. Me propuse integrar todos los programas que llegaban, unir esfuerzos, optimizar recursos y evitar la duplicidad de actividades. Quería que cada cosa en el colegio tuviera sentido y se conectara con un propósito común: mejorar la vida de los estudiantes.

El cambio más profundo fue impulsar una formación verdaderamente integral. Comprendimos que educar no es solo enseñar Matemáticas o Lengua, sino también acompañar lo emocional, lo social, lo humano. Ver ese proceso consolidarse ha sido uno de los logros más grandes.

LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVALIER FUE CLAVE. LA CONOCÍ EN CAJICÁ, CON SU PROGRAMA DE MEJORAMIENTO DE LA CALIDAD EDUCATIVA QUE NO SOLO SE CENTRABA EN LO ACADÉMICO, SINO TAMBIÉN EN EL BIENESTAR DOCENTE, LA GESTIÓN ESCOLAR, EL LIDERAZGO Y EL TRABAJO CON LAS FAMILIAS. ESTE MUNICIPIO HA OBTENIDO MEJORES RESULTADOS QUE OTROS DE CUNDINAMARCA.

Día a día, cuando llego al colegio, siempre busco que el equipo entero se involucre, que nadie trabaje aislado, que haya una sinergia entre todos. La educación es un sistema vivo que depende del trabajo conjunto entre rectores, docentes, estudiantes, familias, comunidad, sector público y privado. Es una forma de liderazgo distribuido, no jerárquico, que busca sumar voluntades para transformar realidades.

El PROMCE tiene varios componentes: liderazgo escolar, formación docente con simuladores para las pruebas Saber 11, escuela de familias, gestión institucional. Lo fundamental es que todo esto se sienta en el territorio, que no se quede en el papel. Porque si los programas no generan transformaciones reales, no sirven. Y eso es precisamente lo que más me enorgullece: ver cambios concretos, estudiantes que florecen, profesores que se motivan, comunidades que se fortalecen gracias al apoyo de la Fundación.

ESTE PROGRAMA ES UN APOYO EN TERRITORIO QUE NO DEJA NADA POR FUERA. ES LA EDUCACIÓN MULTICAUSAL. NO DEPENDE SOLO DE LOS ESTUDIANTES NI DE LOS PROFESORES; NO DEPENDE DE LOS PAPÁS; ES DECIR, DEPENDE DE TODOS.

Necesitamos hacer una sincronía entre rector, docentes, estudiantes, padres de familia, comunidad, inclusive con el sector público y privado.



LIDERAZGO DISTRIBUIDO

La alianza intersectorial entre lo público y lo privado hace que nosotros como docentes podamos ejercer en territorio. Se trata de un liderazgo distribuido. No es excluyente, sino que busca trabajar sinergias para transformar realidades, dentro y fuera de la institución, por eso está articulado con organizaciones como la Fundación Lazos de Calandaima del Club Mesa de Yeguas, que ha sido un actor estratégico en el territorio para poder implementar todas y cada una de las estrategias que necesitábamos. Así como con la Gobernación de Cundinamarca, a través de la Secretaría de Educación, que le ha apostado a la transformación de las zonas rurales con educación pública de calidad.

Pero hay algo que ninguna estrategia reemplaza: la escucha. Los estudiantes necesitan que alguien los mire, los oiga, que esté presente, que conecte con ellos. Tuve una niña en séptimo que venía de Bogotá, sumida en una profunda tristeza. Me escribía sobre su dolor, sus pensamientos. Yo no hice nada extraordinario, solo la escuché. Sentí que ese gesto simple, pero humano, le salvó la vida. A veces basta con estar.

Les digo a mis estudiantes que no siempre el que tiene mucho dinero es el que logra el éxito. El éxito se logra cuando yo hago lo que me gusta, disfruto lo que hago y pongo eso al servicio del otro.

En algún momento descubrí que muchos de mis alumnos no sabían leer ni escribir, y eso me llevó a mirar más allá. Llamé a los padres y me encontré con que, en pleno siglo XXI, ellos tampoco sabían. Comencé a darles clases en las noches. De los 32 que iniciaron, 17 terminaron quinto grado. Dos ya son bachilleres. Eso es transformación. Cambiar la vida de alguien, abrir una puerta que parecía cerrada.

CONSTRUIR HUMANIDAD

Hoy sé que cuando uno se conecta con los estudiantes, con las familias, con los vecinos, con la comunidad, la vida entera se transforma. Porque educar no es solo enseñar contenidos: es construir humanidad. Y en ese propósito profundo, cotidiano y silencioso, está el verdadero sentido de ser maestro.

Sobre mi trayectoria personal, puedo decir que me he dedicado toda la vida a la docencia. Empecé a los 17 años, apenas salí del colegio, y desde entonces no he dejado de enseñar. Soy docente de lenguaje y he pasado por todos los niveles educativos. Comencé con los más pequeños, en preescolar, en Bogotá. Pero la mayor parte de mi experiencia ha sido aquí, en Anapoima.

Empecé a trabajar en una escuelita rural de multigrado, donde un solo profesor atiende a seis grados a la vez: preescolar, primero, segundo, tercero, cuarto y quinto. Es una realidad común en muchas regiones apartadas de Colombia.

ALLÍ APRENDÍ A ADAPTARME, A SER CREATIVA, A RESPONDER CON AMOR A CADA RETO. DESPUÉS PASÉ UN TIEMPO EN CAJICÁ, TRES AÑOS, Y FUE ALLÍ DONDE CONOCÍ A LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVALIER. ESE ENCUENTRO MARCÓ UN ANTES Y UN DESPUÉS.

Hoy, tras más de treinta años de trayectoria, puedo decir con certeza que cada esfuerzo ha valido la pena. Las transformaciones no siempre son inmediatas ni visibles, pero dejan huella. Porque cuando uno educa con sentido, acompaña con el corazón y cree en el otro, algo cambia para siempre.

Y esa es, para mí, la verdadera victoria: ver florecer a quienes antes no se sentían capaces; saber que, con escucha, con compromiso y con comunidad, sí se puede transformar una vida. Y cuando una vida se transforma, el mundo entero empieza también a cambiar. 

SOFÍA RAMÍREZ MANCERA

Cajicá

Contadora pública
de la Universidad
Militar Nueva
Granada

*Programa Fondo
de Excelencia
Académica*

“

**LA FUNDACIÓN NO ES SOLO UNA INSTITUCIÓN;
ES UNA FAMILIA QUE SIEMPRE CONFÍÓ EN MÍ**

”



Toca piano y le gusta bailar. Sin embargo, su campo de desarrollo no está en las artes, sino en los números. Con 24 años, Sofía es contadora pública de profesión.

No tuvo un buen desempeño en la Universidad Militar Nueva Granada. No. No fue bueno: fue excelente. Durante su pregrado, en dos ocasiones ocupó la matrícula de honor otorgada por la Facultad de Ciencias Económicas de esa institución, y se graduó con honores.

Su madre, Pilar del Rocío Mancera, trabaja en La Alquería en el área de aseguramiento de la calidad. Para Sofía, eso tiene un valor profundo, porque ambas conocen de cerca el impacto que tiene la Fundación Alquería Cavelier en las vidas de quienes sueñan con un futuro mejor.

Para Sofía, las mujeres de su familia son su raíz y su motor. Su abuela, con su sabiduría, le enseñó la fuerza que hay en la paciencia. Su mamá, con su ejemplo diario, le mostró cómo resistir sin perder la esperanza. Y su hermana, con su disciplina, le comprueba que vale la pena seguir luchando. Juntas representan la resiliencia heredada, la fortaleza compartida y la unión que todo lo puede. Son su refugio y su inspiración.

Su camino no fue fácil, pero siempre contó con el respaldo de su familia y con el de la Fundación, que a través del programa Fondo de Excelencia Académica la acompañó no solo como estudiante, sino como ser humano para el resto de su vida. Para ella, estudiar ha sido una bendición y una responsabilidad. Cada encuentro con la Fundación le recuerda que no está sola, que hace parte de una familia que confió en ella desde el primer momento. Gracias a ese apoyo pudo graduarse con honores, convertirse en profesional y, principalmente, creer en sí misma.

Pero Sofía no se queda esperando que los sueños se cumplan solos: los persigue. Sabe que querer no es suficiente si no se actúa, si no se busca, si no se pide ayuda. Ha tocado puertas, trabajado fines de semana, investigado opciones para ella y para sus primas, porque su ambición es colectiva. Quiere abrir caminos y dejar huella.

Hoy, más que un ejemplo de éxito, quiere ser un referente de generosidad. Su legado es recordarles a los demás que sí se puede, que basta con tener el valor de soñar... y la determinación de buscar.

Nací en Bogotá, pero me registraron en Cajicá, así que digo con orgullo que soy cajiqueña al cien por ciento. Allí crecí, rodeada de mi mamá, mi hermana y mis abuelos maternos. Una familia encabezada por mujeres valientes que me enseñaron que la disciplina y la dedicación pueden abrir cualquier puerta. Mi papá estuvo presente de manera esporádica, pero nunca sentí un vacío, porque Dios me puso al lado estas mujeres y mi abuelito que supieron ser guía, apoyo y ejemplo.

Desde muy pequeña, me caractericé por ser juiciosa y comprometida. Siempre estuve entre las mejores del colegio, y si me iba mal en algo, lloraba más por mi autoexigencia que por cualquier comentario externo. Pero no fue solo un asunto de personalidad: fue también el resultado de un entorno lleno de constancia, ternura y disciplina.

MI MAMÁ NO LA TUVO FÁCIL. FUE MADRE SOLTERA, PERO NUNCA SE QUEJÓ. TUVO QUE DEJAR EL SECTOR DE LA SALUD —ELLA ES ENFERMERA—, POR FALTA DE PAGO. EMPEZÓ EN ALQUERÍA COMO OPERARIA Y HOY ES ANALISTA DE ALIMENTOS. LA HE VISTO CRECER CON ESFUERZO, ESTUDIAR, ASCENDER, CAER Y VOLVER A LEVANTARSE. SU EJEMPLO ME ENSEÑÓ QUE NO HAY LÍMITES CUANDO SE TRABAJA CON DISCIPLINA Y CONVICCIÓN.

Lo mismo que mi abuelita, quien por motivos de salud estuvo siempre presente en casa, acompañándonos al colegio, llevándonos a nuestras clases, cuidando de nosotras con amor incondicional.

Mi mamá ha tenido un crecimiento increíble, tanto profesional como personal. Lleva once años en la empresa, se ha capacitado y ha sabido avanzar paso a paso, aprendiendo cada día, superando retos y fortaleciéndose como mujer. Para mí ha sido muy valioso verla crecer, porque no solo es un ejemplo, sino también una compañera de camino.

Mi hermana es tres años menor que yo y también ha seguido ese camino. Hoy estudia Medicina con una beca completa en la Universidad de los Andes. Las dos llevamos en el alma ese “sí se puede” que heredamos de nuestras mujeres. Sabemos que la vida tiene altibajos, pero también que la familia es ese pilar que te levanta en los momentos duros y celebra contigo en los buenos.

TUVE LA GRAN OPORTUNIDAD DE INGRESAR AL FONDO DE EXCELENCIA ACADÉMICA PARA HIJOS DE COLABORADORES DE ALQUERÍA. EL PROCESO NO FUE SENCILLO: IMPLICABA HACER SIMULACROS, PRESENTAR EVALUACIONES, CUMPLIR CON CIERTOS PROMEDIOS Y SACAR UN BUEN PUNTAJE EN EL EXAMEN DEL ESTADO. PERO ESE ACOMPAÑAMIENTO FUE FUNDAMENTAL, ESPECIALMENTE PARA MI FAMILIA, QUE NO CONTABA CON LOS RECURSOS PARA PAGAR UNA UNIVERSIDAD PRIVADA.

Gracias al apoyo de la Fundación Alquería Cavelier, pude estudiar mi pregrado, y no solo lo hice, sino que me destaqué. Fui monitora durante toda la carrera y obtuve dos veces la matrícula de honor por tener el mejor promedio de mi facultad —que reunía estudiantes de las dos sedes, Bogotá y Cajicá— y me gradué con honores, *cum laude*.

DOBLE RESPALDO

Nada de esto fue fácil, pero siempre tuve el respaldo de mi familia y de la Fundación, que estuvo pendiente de mí no solo como estudiante, sino como persona. Para mí, estudiar ha sido una bendición y también una gran responsabilidad.

Cada año, la Fundación Alquería Cavelier nos reúne a quienes hemos hecho parte de este proceso. Es un momento muy especial, porque nos recuerda que seguimos siendo una familia, sin importar el tiempo.

SIEMPRE HE TENIDO SUEÑOS GRANDES, PERO DURANTE MUCHO TIEMPO NO SUPE CÓMO HACERLOS REALIDAD. LA FUNDACIÓN LLEGÓ A MI VIDA COMO UNA BENDICIÓN, NO SOLO PARA MÍ, SINO TAMBIÉN PARA MI FAMILIA. MÁS ALLÁ DEL APOYO ECONÓMICO Y ACADÉMICO, ENCONTRÉ UNA RED DE PERSONAS QUE REALMENTE CREEN EN MÍ. EN CADA LLAMADA, CADA CONSEJO, CADA TALLER, ME HICIERON SENTIR VALIOSA, CAPAZ, ACOMPAÑADA.

Gracias a ellos hoy soy profesional. Me enseñaron a mirar más allá de mis dudas, a reconocer mis talentos, a confiar en mí. Su mensaje siempre fue claro: *si lo puedes soñar, lo puedes lograr*. Y ellos estuvieron ahí para ayudarme a lograrlo.



LA FUNDACIÓN NO ES SOLO UNA INSTITUCIÓN; ES UNA FAMILIA QUE CONFÍÓ EN MÍ DESDE EL PRIMER MOMENTO. Y ESO, ESE VOTO DE CONFIANZA INCONDICIONAL, MARCÓ LA DIFERENCIA ENTRE SOLO SOÑAR... Y HACER REALIDAD MIS SUEÑOS.

Uno de los momentos más difíciles para mi familia fue la muerte de mi abuelito. En casa vivíamos solo mujeres y él era nuestra figura masculina, nuestro apoyo, nuestro referente.

Actualmente vivo en Bogotá con mi mejor amiga de la universidad, quien perdió a su mamá hace un año. La vida nos juntó en el momento perfecto: nos cuidamos como hermanas, nos apoyamos y compartimos esta etapa con mucha gratitud.

Trabajo entre semana y he aprendido a organizarme para que el tiempo me rinda. Algunos días voy al gimnasio, otros asisto a clases de inglés y, cuando puedo, voy a clases de baile o practico piano los fines de semana. Para mí, el deporte, la música y el arte son formas de cuidar el ánimo, el cuerpo y la mente. Pero lo que más me nutre es compartir con mi familia.

Mi sueño es entrar a una multinacional donde pueda usar el inglés, ampliar mis conocimientos y luego hacer una maestría. Ya sé hacia dónde voy: el mundo financiero me apasiona. **Estoy lista para crecer con disciplina, gratitud y propósito.** ✍️

JONATHAN DAVID CONTRERAS INFANTE

CHOCONTÁ

Médico de la
Universidad de los
Andes, con maestría
en Medicina Estética

Fondo de Becas
Enrique Cavelier

**Programa
Talentos
Excepcionales**



“

**QUIERO USAR LA MEDICINA NO
SOLO PARA CURAR, SINO PARA
TRANSFORMAR COMUNIDADES**

”

De niño pensaba que no iba a poder estudiar una carrera por falta de recursos, pero hoy vive entre batas blancas, dedicado a transformar la vida de otros como médico.

Su camino empezó en el colegio público Rufino Cuervo, donde le gustaba diseñar circuitos y automatismos. Allí se dejó seducir por la mecatrónica e inició estudios en Ingeniería Electrónica. Pero algo le faltaba. David quería conectar con las personas, no solo con las máquinas. Lo supo frente a la televisión, de la manera más imprevista. Y fue así como la medicina lo conquistó por completo.

Estudió, trabajó, cruzó fronteras. Terminó la carrera con el apoyo de la Fundación Alquería Cavelier y viajó a España a continuar su formación con un máster en Medicina Estética en la Universidad Antonio de Nebrija. Allí lo encontró la pandemia y asimismo un médico que se volvió su mentor.

No es la única frontera que ha cruzado. También una invitación a Brasil le abrió las puertas al mundo académico y profesional latinoamericano.

Pero a pesar de los logros, David tiene claro su norte: quiere quedarse en Colombia, formarse en Medicina Pública y contribuir desde aquí a una salud digna y de calidad para todos.

Empiezo por el principio: me llamo Jonathan David, aunque prefiero que me digan David. En la casa, sin embargo, soy Jonathan.

Soy de Chocontá, un pueblo al norte de Bogotá. Allí se conocieron mis papás, y allí crecimos mi hermano y yo. Mis raíces son humildes y llenas de orgullo: mi mamá viene de una familia de panaderos y mi papá, de carpinteros. Oficios que huelen a trabajo honesto y manos firmes, como las que nos criaron.

Vivíamos en arriendo y estudiamos en el colegio público del pueblo. No teníamos lujos, pero sí una certeza: el valor de la educación. En ese colegio me gradué, como lo hizo también mi hermano. Cada paso que dábamos era un logro compartido. Porque en mi familia, los triunfos no se miden en grandeza, sino en esfuerzo.

Esa es mi historia, o al menos el comienzo. Una historia sencilla, pero escrita con amor, coraje y ganas de salir adelante.

UN NUEVO CAMINO

Cuando estaba en décimo grado, la rectora de mi colegio, Elizabeth Zapata, nos inscribió en un programa que cambiaría mi vida: Talentos Excepcionales, de la Fundación Alquería Cavalier.



Empezamos con clases para prepararnos para el examen del ICFES. Y los sábados se convirtieron en algo especial cuando ingresé al Semillero de Talentos de la Fundación: con talleres de orientación vocacional, espacios para conocernos mejor, para descubrir qué queríamos ser y otros que nos ayudaban a crecer como personas.

En ese momento yo sentía que la universidad era un sueño lejano. No porque no tuviera las ganas, sino porque mis papás no tenían los recursos. Ambos terminaron el bachillerato, y aunque mi mamá alcanzó a empezar una licenciatura, la dejó cuando quedó embarazada.

CONOCER A LA FUNDACIÓN ME ABRIÓ LA MENTE. ME HIZO REPLANTEAR MUCHAS COSAS QUE DABA POR HECHAS. ME AYUDÓ A ROMPER BARRERAS INVISIBLES QUE CARGABA SIN DARME CUENTA: EL MIEDO, LA INSEGURIDAD, LA DUDA CONSTANTE DE SI YO REALMENTE PODÍA.

Ese programa no solo me preparó académicamente, también me mostró que los límites muchas veces están en la mente... y que sí se pueden superar.

Durante el colegio hicimos una preparación especial, gracias a un convenio con el SENA, en un programa de diseño e integración de automatismos mecatrónicos. Era básicamente mecatrónica, y a mí me encantaba. Yo me encargué de todo lo relacionado con la parte eléctrica. Me iba muy bien con los circuitos; era como armar rompecabezas con lógica y precisión.

Al mismo tiempo, sentía una fuerte curiosidad por la medicina. Mis papás incluso me apoyaron para hacer un curso de farmacología y primeros auxilios. Alcancé a trabajar unos meses en una farmacia, y esa experiencia me marcó. Pero el proyecto de décimo y once tomó otro rumbo: tuvimos que diseñar una máquina de reciclaje automatizada, y a mí me tocó encargarme de la parte eléctrica... y me fue muy bien. Tanto, que mis profesores me animaron a seguir el camino de la ingeniería. Así que me postulé a Ingeniería Electrónica en dos universidades. En las dos pasé, pero solo en una con beca, y no era Los Andes.

APOYO INCALCULABLE

Yo estaba dividido, pues la universidad de mis sueños era Los Andes. Cuando en la Fundación se enteraron de la situación, me ofrecieron su apoyo para cubrir la beca allá. Y mis papás, sin dudar, me ayudaron con el resto de los gastos. "De algún lado sacaremos la plata... del pan o de la carpintería, de donde sea", me dijeron. Con ese respaldo, entré a Los Andes. Fue maravilloso. Estábamos felices, orgullosos. Era una de las mejores universidades del país.

Comencé estudiando Ingeniería Electrónica. El primer semestre lo disfruté, pero algo me faltaba. Sentía que necesitaba una conexión más humana, más social. No me imaginaba estar toda la vida encerrado en un laboratorio, haciendo circuitos.

Un día, mientras trabajaba en el computador, estaban dando la serie *Sala de emergencias* y me quedé embobado. En ese momento algo se iluminó: entendí que mi vocación estaba en la medicina. Lo hablé con mis papás y con la Fundación. Para mi fortuna, el puntaje que había obtenido también me servía para cambiarme de carrera.

LA FUNDACIÓN SIEMPRE ESTUVO PENDIENTE DE MÍ. TERMINANDO MI CARRERA, OPTÉ POR ESPECIALIZarme EN CIRUGÍA PLÁSTICA. EMPECÉ A ROTAR EN ESA ÁREA Y UNO DE LOS CIRUJANOS QUE CONOCÍ ME ACONSEJÓ HACER UN INTERNA-DO SELECTIVO EL ÚLTIMO AÑO DE LA CARRERA POR FUERA DEL PAÍS.

LA MADRE PATRIA

Escogí España: el Hospital Montepríncipe en Madrid. Estaba entusiasmado, pero justo allá me sorprendió la pandemia. Como aún no me había graduado ni tenía el título homologado, no podía ejercer como médico. Y me inscribí en una maestría en Medicina Estética en la Universidad Antonio de Nebrija.

No fue fácil. No tenía los recursos para sostenerme, así que trabajé cuidando personas mayores. Aprendí muchísimo sobre medicina, empatía, paciencia y dignidad.

Regresé a Colombia sin un peso en el bolsillo. Lo primero que hice fue buscar trabajo como médico general. Era un paso para seguir construyendo el camino que había elegido.

Después de un tiempo en Colombia, regresé a España. Entré a trabajar en la Fuerza Aérea como médico domiciliario, y también asumí funciones administrativas. Más adelante, empecé a ayudarlo a una compañera que asesoraba a médicos, y fue justo ahí donde todo cambió. Uno de los médicos que ella asesoraba, especializado en Medicina Estética, me vio entre papeles y me invitó a acompañarlo en su consulta.

Estuve con él cuatro meses y luego me ofreció un trabajo formal. Era un médico bastante reconocido, y con él aprendí muchísimo. Estuve a su lado durante dos años, hasta que sentí que era momento de seguir avanzando. Entonces regresé a Colombia y pasé a trabajar en una cadena de clínicas.

En paralelo, viajé dos veces a Madrid para presentar el examen de residencia. Ya tenía mi título homologado, y mientras tanto también trabajaba como ayudante quirúrgico. Fue un tiempo de mucho esfuerzo, pero también de grandes descubrimientos.

Uno de mis propósitos en esa etapa fue leer más, profundizar, ir más allá. Y fue así como me encontré con algo que me tocó profundamente: la salud pública. Descubrí que lo que realmente me mueve es ayudar a las comunidades.

Ahora estoy en el proceso para empezar una maestría en Salud Pública en la Universidad de los Andes. Y no estoy solo: la Fundación sigue acompañándome en cada etapa del camino. Su compromiso no terminó con la beca, es un apoyo permanente que va más allá de lo económico.

DE TODO LO QUE ME HA DEJADO LA FUNDACIÓN, HAY TRES COSAS QUE LLEVO GRABADAS: EL TRABAJO EN EQUIPO, EL RESPETO POR LOS DEMÁS Y LA FUERZA DE SOÑAR EN GRANDE.

También aprendí a conocer y compartir con personas de todos los contextos —de pueblos, veredas, del campo—, con historias de vida muy distintas y muchas veces difíciles. Ese contacto me enseñó a ponerme en el lugar del otro y a comunicarme mejor.

Mi propósito es claro: quiero usar la medicina no solo para curar, sino para transformar comunidades. Sueño con ser ministro de Salud, desarrollar políticas públicas y gestionar recursos que mejoren la vida de las personas.

A los jóvenes del campo les digo que no hay límites. Los sueños grandes sí se pueden alcanzar. Lo fundamental es la disciplina, el compromiso y la fe en que cada esfuerzo vale la pena. Todo empieza con un proyecto de vida, con descomponer ese gran sueño en pasos pequeños y constantes. Si uno trabaja con perseverancia y cree en sí mismo, lo imposible se vuelve posible. Si yo lo logré, otros también pueden. 

JULIANA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ

CAJICÁ

Estudiante de
grado décimo del
Colegio Los Nogales

**Programa
Embajadores sin
Fronteras**

“

**EL TALENTO SE MULTIPLICA CUANDO
SE ACOMPAÑA DE DISCIPLINA**

”



Juliana estudiaba en el colegio público Pompilio Martínez cuando la Fundación puso sus ojos en ella. Y no solo por su extraordinario talento deportivo, sino también por el impecable desempeño académico. Y es que es tan dedicada en los estudios como competitiva en la cancha.

Hizo parte del primer grupo del programa Embajadores sin Fronteras en el Colegio Los Nogales, al que ingresó en 2020. Desde entonces, ha sabido aprovechar cada oportunidad para crecer, aprender y dejar huella.

El año 2022 marcó un acontecimiento en su vida: viajó por primera vez al extranjero para participar en un campamento de verano de básquet en Argentina. Dos años después, fue seleccionada para un intercambio cultural en Canadá.

En Los Nogales, Juliana ha brillado también fuera de las canchas. Ha izado bandera en cuatro ocasiones, por excelencia académica, música, arte y colaboración. Su versatilidad demuestra que el talento, cuando se cultiva con disciplina, florece en todos los terrenos.

A los 17 años, es la prueba de que la disciplina, la pasión y la resiliencia pueden abrir puertas que parecían selladas. Lo suyo no es solo encostar balones, sino también metas. Ha sabido adaptarse a nuevos entornos, destacarse sin alardes y liderar con el ejemplo. Su historia inspira porque nos recuerda que el verdadero talento no se limita a una cancha: brilla en el aula, en el escenario, en otro país o en un salón lleno de ideas.



Escanea el código y descubre
más detalles de su historia

Nací en Zipaquirá y vivo en Cajicá. Tengo 17 años y, cuando miro hacia atrás, veo un camino construido con disciplina, esfuerzo y el apoyo incondicional de mi familia. Mi mamá, Milena Andrea, ha trabajado toda su vida en una empresa de lácteos en Cajicá. Se graduó como auxiliar contable y siempre ha sido un ejemplo de constancia y sacrificio. Mi papá, Julio Ernesto, ha trabajado en lo que le salga. Aunque mis padres están separados, nunca me ha faltado el cariño ni el respaldo de ninguno de los dos.

No crecí sola. Tengo una medio hermana mayor y un medio hermano menor, con quienes compartí gran parte de mi infancia. Si pienso en las personas que más han marcado mi vida, siempre aparecen las mujeres de mi familia materna: mi bisabuela, mi abuela, mi tía y, por supuesto, mi mamá. Ellas me enseñaron el valor de la fortaleza, de poner a los demás por delante y de seguir adelante sin importar las dificultades. Han sido mis guías, mis consejeras y mi inspiración diaria.

LA FELICIDAD DEL ESTUDIO

Desde pequeña tuve una relación especial con el estudio. En el jardín infantil me fue tan bien que, al graduarme, me escogieron para recitar un poema a mi bisabuela. Fue un momento muy tierno, compartido con ella y con mi mamá, que me acompañaron orgullosas.

En primaria, estudiando en el Pompilio Martínez, mi amor por el aprendizaje creció. Nunca me costó levantarme temprano; al contrario, me gustaba tanto ir al colegio que en una ocasión pedí un reloj despertador para poder despertarme sola a las cinco de la mañana. No era de las niñas que deseaban que llegaran rápido las vacaciones; para mí, el colegio era un lugar para aprender, tener amigos y sentirme ocupada.

TODO CAMBIÓ UN DÍA DURANTE EL ALMUERZO, CUANDO UNA PROFESORA SE ACERCÓ Y ME DIJO ALGO QUE TODAVÍA RESUENA EN MI MEMORIA: “ACABAS DE PASAR A LA CONVOCATORIA PARA UNA BECA. ESTA OPORTUNIDAD TE VA A CAMBIAR LA VIDA”. Y TENÍA RAZÓN. LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVELIER NOS EXPLICÓ CÓMO FUNCIONABA SU PROGRAMA DE BECAS. Y GRACIAS A ELLO, ENTRÉ A LOS NOGALES A LOS ONCE AÑOS.

Desde el primer momento supe que esa experiencia no solo me daría una educación de calidad, sino que también me abriría puertas que ni siquiera sabía que existían. El ritmo era exigente, las distancias largas, y poco después llegó la pandemia, que obligó a que las clases fueran virtuales. No teníamos computador en casa, y ahí volvió a aparecer la Fundación para tenderme la mano: me entregaron uno para que pudiera seguir estudiando. Esa ayuda, que para otros podría parecer pequeña, para mí fue enorme. No solo me permitió continuar con mis estudios, sino que me hizo sentir que alguien más creía en mí y estaba dispuesto a apoyarme.

A lo largo de estos años, la Fundación ha sido mucho más que una beca. Ha sido un respaldo constante, un puente hacia oportunidades que han moldeado quién soy y quién quiero ser.

ABRIENDO FRONTERAS

Gracias a mi rendimiento deportivo y académico, he vivido experiencias que jamás imaginé. En 2022 viajé por primera vez fuera del país para participar en un campo de verano de baloncesto en Argentina. Esa experiencia me enseñó que el deporte es también una forma de abrirse al mundo y conocer otras culturas.

En 2023 llegó otra oportunidad: fui seleccionada para un intercambio cultural en Canadá y, además, tuve el honor de ser líder en una conferencia internacional de Round Square, una red que reúne a más de 260 colegios en 50 países para trabajar temas como la comprensión global, la democracia, el liderazgo, el medio ambiente y el servicio. Estar allí, representando a mi colegio y a mi país, fue un momento que me hizo entender la magnitud de lo que la Fundación me ha permitido alcanzar.

Pero no todo ha sido deporte o viajes. En Los Nogales he encontrado un espacio para crecer en otras áreas. Durante estos cinco años, he izado bandera en cuatro ocasiones: por excelencia académica, música, arte y colaboración.



SOÑAR EN GRANDE ES POSIBLE

La Fundación no solo me ha dado una educación de primer nivel; me ha dado confianza, seguridad y la certeza de que puedo llegar más lejos de lo que alguna vez imaginé. Me ha enseñado que el talento se multiplica cuando se acompaña de disciplina y que las oportunidades, cuando se aprovechan, pueden transformar vidas.

Con el tiempo he entendido que ser parte de este programa no es un regalo sino un compromiso. Es un llamado a dar lo mejor de mí, a aprovechar cada clase, cada proyecto, cada conversación con un profesor o un compañero. También es un compromiso con quienes vienen detrás, para mostrarles que sí es posible soñar en grande y alcanzar esas metas que parecen lejanas.

Hoy sé que quiero seguir abriendo caminos. Quiero estudiar Relaciones Internacionales o Ciencia Política, y trabajar en una ONG o en proyectos relacionados con derechos humanos. Me apasiona la idea de aportar algo que produzca un cambio real en la vida de las personas. Sueño también con tener un refugio para animales y, en lo personal, me encantaría viajar a Grecia con mi mamá y mi hermano.

ME SIENTO ORGULLOSA DE LO QUE HE LOGRADO Y, PRINCIPALMENTE, DE QUIÉN SOY. ME DEFINO COMO UNA PERSONA APASIONADA, QUE VALORA PROFUNDAMENTE LO QUE TIENE Y QUE NO TEME TRABAJAR DURO PARA ALCANZAR SUS METAS. SÉ QUE NADA DE ESTO SERÍA IGUAL SIN LA FUNDACIÓN. ELLOS CREYERON EN MÍ Y ME HAN ACOMPAÑADO A CONVERTIRLAS EN REALIDADES CONCRETAS.

Por eso, cada vez que me preguntan qué significa esta oportunidad, digo que es un camino de crecimiento, una red de apoyo y una prueba de que cuando alguien invierte en la educación de un joven, está apostando por transformar el futuro.

A quienes me escuchan, siempre les dejo un mensaje: lean, aprendan, no dejen pasar las oportunidades. Porque a veces, una sola puerta abierta —como la que la Fundación abrió para mí— puede cambiarles la vida para siempre. Y yo soy la prueba viva de ello. 



**FABIO
JORGE PORRAS
RODRÍGUEZ**

Simijaca

Rector de la
Institución Educativa
Departamental
Agustín Parra

PROMCE

“

NO ES SOLO TEORÍA; SON ACCIONES CONCRETAS

”

Quería ser ingeniero eléctrico, pero descubrió muy pronto que la verdadera chispa que le daba sentido a su vida no estaba en los circuitos, sino en las aulas. Desde los 17 años se dedicó a la docencia, y hoy, después de décadas de trayectoria, puede decir con orgullo que eligió el camino correcto: el de transformar vidas a través de la educación.

Está al frente del colegio público Agustín Parra, en Simijaca, una institución educativa que vibra con su energía, su liderazgo y su visión. No es para menos: el colegio atiende a 2.300 estudiantes, distribuidos en 17 sedes —cuatro urbanas y trece rurales— y ofrece jornadas diurna, nocturna y vespertina, incluyendo clases para adultos mayores entre los 60 y los 87 años. En este colegio, aprender es una posibilidad real durante toda la vida.

La institución, además, ofrece siete modalidades técnicas que responden a las necesidades del entorno y al futuro y, además, promueve un programa lingüístico ambicioso que incluye idiomas como inglés, portugués, francés, coreano y chino. Porque aquí se educa para el mundo, desde el corazón del campo colombiano.

Y fuera del colegio también es incansable. Estudia chino, promueve hábitos de vida saludable, lidera iniciativas ambientales, apoya a familias necesitadas, es padre de tres hijos y convive con cuatro gatos y dos perros.

Podría haber sido ingeniero, pero eligió encender otras luces. Las que iluminan mentes, caminos y futuros. Porque para Fabio, educar no es solo un trabajo: es su forma de cambiar el mundo. Por eso el colegio que lidera no solo es uno de los focalizados por el PROMCE, sino que en varias oportunidades sus estudiantes han formado parte del semillero de Talentos Excepcionales.

Soy rector del Colegio Agustín Parra de Simijaca, el municipio más al norte de Cundinamarca, muy cerquita de Chiquinquirá. Llevo 35 años dedicado a la educación. Empecé a los 17 como docente, recién salido de la normal como bachiller pedagógico. En ese entonces, con ese título ya lo nombraban a uno para enseñar en primaria.

Yo no quería ser maestro. Mi sueño era ser ingeniero eléctrico, como mi papá y mi hermano mayor, que eran electricistas. Pero mi hermana fue trasladada al municipio de El Peñón, y se fue con su niño sola porque su esposo trabajaba lejos. Me pidió que la acompañara. Y allá, sin yo saberlo, el alcalde me nombró docente.

Después de cuatro años me trasladé a Ubaté, a un colegio que quedaba muy cerca de mi casa. Hice una especialización en la Universidad Pedagógica y dos diplomados en lúdica: uno para educación básica y otro para educación superior.

RECTOR APASIONADO

Desde 2002 soy rector, y aunque no lo planeé, lo hago con verdadera pasión. Me interesa buscarles a los estudiantes mejores opciones de vida, momentos de felicidad, cambios reales que les sirvan.

CONOCÍ A LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVALIER PORQUE VI EL IMPACTO QUE LOGRÓ EN CAJICÁ. EN 2012, LOS COLEGIOS ALLÁ ALCANZARON RESULTADOS SOBRESALIENTES EN LAS PRUEBAS SABER 11.

Eso me llamó la atención. En 2018 decidí acercarme a la Fundación. Nos recibieron y conocí al doctor Carlos Cavalier, que nos dijo que iba a tener en cuenta otros colegios que no fueran solo de Cajicá. En 2019 nos volvieron a contactar, pero llegó la pandemia y todo quedó en pausa. En 2022 se reanudó el proceso, y desde entonces estamos trabajando juntos.

La labor de la Fundación es excepcional. Comienza por los estudiantes, que son los protagonistas, pero también involucra a los docentes, que son los que hacen posible el cambio. A nosotros, los directivos, nos lleva a reflexionar sobre nuestras decisiones, y también incluye a los padres, con talleres muy interesantes.

Uno de los aportes más valiosos es que ayudan a los estudiantes con bajo desempeño. Les hacen ejercicios, simulacros, refuerzos en pensamiento matemático, lectura crítica y resolución de conflictos. Los preparan. Les dan herramientas para que no lleguen a la universidad sin bases, porque, si eso pasa, muchos desisten rápido. Pero si llegan bien preparados, con un buen puntaje en las pruebas Saber 11 y confianza en sus capacidades, tienen más probabilidades de continuar.

CON LOS DOCENTES, LAS HERRAMIENTAS QUE NOS DA EL PROMCE NOS HAN HECHO PENSAR: ¿CÓMO ESTAMOS DANDO LAS CLASES?, ¿CÓMO PODEMOS MEJORAR? PORQUE SI UN NIÑO PASA SIETE HORAS EN EL COLEGIO Y LAS CLASES NO SON DINÁMICAS, SE ABURRE. NOS HAN DADO ESTRATEGIAS Y HEMOS REVISADO NUESTRAS PRÁCTICAS. TODO, ENFOCADO EN MEJORAR EL APRENDIZAJE Y LOS RESULTADOS.

Y a los directivos nos han dejado claro que si no trabajamos en equipo y no involucramos a la comunidad, es muy difícil mejorar la calidad educativa. Esa mirada integral es lo que más valoro de la Fundación. No es solo teoría; son acciones concretas.

El colegio tiene 106 docentes, 2.300 estudiantes y 17 sedes. Incluso tenemos educación para adultos mayores. En 2023 se graduaron 21: el más joven tenía 73 años y la mayor, 89. Fue un proyecto que iniciamos en 2018 y este año se gradúan otros 17. Son abuelitos que encontraron en el estudio una forma de no estar solos, de socializar, de aprender algo nuevo. Y están felices.

¿Qué estoy haciendo que nunca imaginé? Estudiando ruso. Estamos doce docentes aprendiendo. Es que tenemos implantados seis idiomas en el currículo: ruso, chino, francés, coreano, portugués e inglés. Todo con apoyo de embajadas, institutos y voluntarios nativos.

También nos hemos convertido en referente en temas como los entornos escolares saludables. Desde 2016 no vendemos productos procesados ni jugos industrializados. Todo lo que se ofrece es natural y lo elaboran 27 familias del municipio. Son papás que han formado sus propios negocios para abastecer nuestras tiendas.

Tenemos un proyecto de economía circular solidaria. Les damos semillas a los niños de las veredas para que cultiven papa con sus familias. Luego les compramos la cosecha, la procesamos en una máquina que ganamos, y les devolvemos el producto empacado. Con las ganancias, volvemos a comprarles más papa. Es un círculo que no para, y que enseña sobre producción, comercio y sostenibilidad.

Una historia que me marcó fue la de una madre soltera que estudiaba los sábados. Vivía con sus tres hijos en una casa de madera sin baño ni cocina. Teníamos dos mil ladrillos ecológicos hechos por nosotros a partir de plástico reciclado. Los íbamos a usar para un gimnasio, pero decidimos construirle a esta familia una unidad sanitaria y una cocina. Profesores y estudiantes hicieron recolectas. Hoy, esa mujer terminó el bachillerato, sus hijos están avanzando y su vida cambió. Me dijo: "Usted nos enseñó que no estamos condenados a vivir pobres". Y tenía razón.



FUTURO EN FAMILIA

Yo tengo tres hijos. Uno de 24 años, abogado, que hace ahora una maestría en Derecho Penal en la Universidad Nacional. Mi hija, de 22, terminó Negocios Internacionales y también estudia Derecho. Y un niño de 4 años, que es nuestra alegría. También tengo a mi mamá, de 80 años. Mi papá ya falleció. Y de seis hermanos que éramos, quedamos cuatro: todos profesores.

Planeo retirarme en diciembre de 2026. Me quiero ir bien, con salud, con energía. Esta labor es muy gratificante, pero también muy exigente. Y me voy tranquilo porque creo que he dejado huella. Y eso es lo que importa: hacer lo que esté a nuestro alcance por esta juventud, por estos niños. Porque con educación, sí se puede cambiar el entorno, los estudiantes y la vida. 

JULIETH VALENTINA RAMÍREZ VARGAS

TOCANCIPÁ

Estudiante de
grado séptimo
del Gimnasio
El Hontanar

**Programa
Embajadores sin
Fronteras**

**QUIERO ESTUDIAR, TRABAJAR
Y HACER FELICES A MIS PAPÁS**



Aunque su madre reconoce que no entiende nada cuando Julieth habla en inglés, la niña le está enseñando ese idioma a su hermano. El inglés es, precisamente, una de las materias favoritas de Julieth en el Gimnasio El Hontanar, al que ingresó becada en el 2022; ella hace parte de la primera cohorte del convenio de la Fundación Alquería Cavelier con ese colegio. Venía del colegio público La Fuente, en Tocancipá, y se adaptó con facilidad a su nuevo entorno. Lo ha demostrado como mejor sabe: con buenas calificaciones y obteniendo los primeros lugares de su curso.

Julieth es un ejemplo de lo que significa el programa Embajadores sin Fronteras, que busca reducir las brechas sociales, articular los ámbitos público y privado y, claro, cumplir sueños.

“Julieth es una niña inteligente, juiciosa, comprometida con su estudio y con todo lo que se propone —dice Obfira Dexcy, su madre—. Desde pequeña ha demostrado que, cuando quiere algo, lo trabaja con disciplina y lo logra con esfuerzo”. No oculta el sentimiento de orgullo que la embarga: “Es que ella ha sabido valorar cada oportunidad que la vida le ha puesto en el camino y entiende la importancia del estudio”.

Su papá, Jorge, trabaja en una empresa de cerámica desde hace quince años y su mamá en un cultivo, desde hace 18, donde se encarga de calcular los tiempos de las flores. Ninguno de los dos fue a la universidad. Pero tienen claro que su hija sí lo hará. La Fundación les aseguró que, además de la beca en este colegio bilingüe, tras su graduación como bachiller financiará sus estudios de educación superior.

Tengo trece años y me gusta pensar que, aunque todavía me falta mucho por vivir, ya tengo bien claro algo: quiero estudiar, trabajar y hacer felices a mis papás. Suena sencillo, pero para mí lo es todo.

Vivo en la vereda La Fuente, en Tocancipá, un lugar donde se respira tranquilidad y la naturaleza se asoma por las ventanas. Aquí comparto la vida con mi familia y con mi hermano, que tiene catorce años. Él también estudia, y aunque a veces peleamos por tonterías, nos cuidamos mucho.

Ahora estudio en el Gimnasio El Hontanar y llevo allí tres años que han sido decisivos para mí.



ADEMÁS DE LA BECA QUE ME DIERON, LA FUNDACIÓN SIEMPRE GENERA ESPACIOS Y TALLERES PARA NOSOTROS COMO ESTUDIANTES JUNTO A NUESTRAS FAMILIAS PARA COMENTAR Y COMPARTIR LOS SUEÑOS Y DESAFÍOS QUE TODOS TENEMOS.

Ahora tengo buenos amigos y me siento afortunada de estar en un lugar así, con profesores que nos enseñan con paciencia y donde cada día aprendo algo nuevo.

Me gusta el inglés, porque es un idioma que se habla en todo el mundo y sé que aprenderlo me abrirá muchas puertas. Y los viernes, que son mis días favoritos, tenemos clase de deportes: ¡me fascina el voleibol! Me hace sentir libre, ágil, fuerte.

A veces pienso en lo que quiero ser cuando sea grande. Me llama la atención la administración de empresas. Todavía no estoy segura, pero me parece una carrera interesante, con la que podría lograr cosas grandes y ayudar a otros. Lo importante, creo yo, es estudiar lo que a uno le gusta y hacerlo con todo el corazón.

ANÉCDOTAS QUE FORMAN LA VIDA

Hay un recuerdo que me hace reír cada vez que lo cuento. Cuando estaba en el jardín infantil, tenía como tres o cuatro años, un niño me escupió. Seguí el día normal y, cuando ya nos habíamos acostado por la noche, fui a golpearles la puerta al cuarto de mis papás. Les pregunté: “¿Qué hago: le escupo o le pego?”. Ellos se quedaron en silencio y luego se rieron. Al final, no hice ni una cosa ni la otra. Me enseñaron a no responder con lo mismo, sino con carácter y respeto.

Ese tipo de cosas se me quedan grabadas. Las pequeñas anécdotas, las palabras de mis papás, el esfuerzo que hacen cada día para que mi hermano y yo podamos estudiar. Por eso mi mayor sueño es estudiar una carrera que me apasione, graduarme de la universidad, conseguir un buen trabajo... y devolverles todo el amor que ellos nos han dado. Quiero verlos sonreír, tranquilos, felices.

AGRADEZCO MUCHO A LA FUNDACIÓN Y AL COLEGIO POR ESTA GRAN OPORTUNIDAD QUE ME HAN DADO. NO TODOS TIENEN LA SUERTE DE ESTAR EN UNA INSTITUCIÓN TAN BUENA, CON TANTAS HERRAMIENTAS PARA APRENDER Y CRECER. YO SÍ LA TENGO, Y POR ESO QUIERO APROVECHARLA AL MÁXIMO.

Todavía soy joven, pero tengo un propósito: seguir adelante, con disciplina, con alegría, con ganas de aprender y de ser cada día mejor. Porque los sueños no se cumplen solos, pero con amor, estudio y esfuerzo, todo se puede lograr. ✍️

LAURA MANUELA MANCERA RODRÍGUEZ

CHÍA

Internacionalista de la Universidad Militar Nueva Granada y con especialización en Desarrollo de Proyectos de la Escuela Superior de Administración Pública

Programa Fondo de Excelencia Académica



“

**TENGO TATUADA LA PALABRA
RESILIENCIA EN EL BRAZO**

”

Cuando Silvia volvió al trabajo tras su licencia de maternidad, se encontró con un desafío inesperado: su hija Laura Manuela no aceptaba ninguna leche que no fuera materna. Probó todo tipo de fórmulas, marcas y sabores, hasta que, casi como un acto de fe, le ofreció leche La Alquería. Y funcionó.

Por ese entonces Silvia aún no trabajaba en la empresa, pero ya la conocía. Y aunque lo había llegado a pensar como un sueño lejano, en 2012 se hizo realidad: comenzó a trabajar en La Alquería, justo en una etapa en la que ya había criado a sus dos hijos con esa misma leche que tanto los había nutrido y gustado. Lo vivió como una especie de círculo que se cerraba. No solo encontró un empleo, sino una familia. Hasta hoy mantiene el sentido de pertenencia intacto. Si pudiera, volvería sin dudar: tiene salud, energía y las ganas intactas.

Manuela, la bebé que solo tomaba leche Alquería, creció con el mismo espíritu luchador de su madre. Fue apoyada por la Fundación Alquería Cavelier: gracias al programa Fondo de Excelencia Académica se preparó para las pruebas Saber 11, entró a estudiar Relaciones Internacionales y Estudios Políticos, y con el tiempo se enfocó en el mundo de la política.

Desde el colegio ya mostraba su vocación de liderazgo, y en la universidad brilló con luz propia. Incluso cuando llegó el momento de apretarse las tuercas, como dice su mamá, un encuentro con el director de la Fundación bastó para impulsarla a volar... y voló alto.

La familia entera reconoce el giro que dio su vida desde que Silvia llegó a Alquería; gracias a eso pudo ser parte de la Fundación. Por eso, ella lo dice sin dudar: “Siempre estaré agradecida. Alquería vive en mí. Siempre la llevo en el corazón”.



Escanea el código y descubre más detalles de su historia

En mi casa vivimos rodeados de animales. Los queremos tanto, que terminé cediéndoles mi cuarto. La mayoría llegan por mi hermano Julián, que trabaja como técnico veterinario en el Parque Jaime Duque.

EN EL PODIO DE NUESTROS AFECTOS ESTÁN ELLOS, EL EQUIPO DE FÚTBOL SANTA FE Y LA FUNDACIÓN ALQUERÍA CAVALIER. ESA ES LA TRINIDAD SAGRADA EN MI HOGAR.

Me llamo Manuela por don Manuelito, el gerente general de Antaño, la empresa donde trabajaba mi mamá. Era un excelente jefe, muy querido, y por eso ella decidió que yo llevaría su nombre. También porque significa “enviada de Dios”.

EL EJEMPLO DE MI MAMÁ



Ahora que mi mamá está pensionada de La Alquería, compartimos más tiempo, nos conocemos mejor. Y la verdad ha sido muy chévere. Cuando yo era pequeña, ella trabajaba sin descanso, día y noche, para sacarnos adelante. Hoy entiendo que lo hacía porque es una berraca. Nunca se quejaba, nunca miraba hacia atrás. Solo avanzaba. Y con eso nos enseñó el valor de la responsabilidad, del compromiso, de darlo todo siempre.

Mi mamá es mi ejemplo. Si ella pudo, todos podemos. Por eso, si hoy me toca dar el 200 %, lo doy sin pensarlo. Porque así crecí, en una casa donde se valora el esfuerzo, donde aprendí que quejarse no sirve de nada si uno no se pone en marcha.

Mis prioridades han sido claras: trabajo y estudio. Eso es lo que nos da de comer. Y después de eso, el estadio.

Cuando estaba en quinto de primaria, mi mamá me cambió de un colegio privado a uno público. Fue duro, claro,

pero hoy sé que fue la mejor decisión. En ese nuevo entorno aprendí a ser guerrera, a ser autónoma. Empecé a caminar sola al colegio, a irme en bici o con amigos. Mi papá, en ese momento, me daba dos mil pesos diarios: mil de ida y mil de vuelta. A veces los ahorra para comprarme algo, porque veía que muchos niños llevaban loncheras chéveres, mientras la mía era sencilla. Pero nunca me faltó el refrigerio del colegio ni el almuerzo. Y ahí, en ese colegio público, conocí a mis mejores amigos.

UNA LECCIÓN INOLVIDABLE

Tenía 14 años cuando dije una pequeña mentirijilla. A raíz de eso, mi familia decidió que, si ya sabía decir mentiras, también sabía trabajar. Me pusieron a trabajar en un restaurante cuyos propietarios son cercanos a la familia. Fue ahí donde comencé a forjar carácter. Aprendí lo que significan las palabras responsabilidad y compromiso. Me gustó tanto el servicio al cliente, que si hoy me preguntaran por un sueño, diría que me encantaría tener un restaurante. Porque ahí, en el trato con la gente, es donde me siento viva.

Los profes del colegio sabían que trabajaba, que salía del colegio casi a las doce y media para alcanzar a llegar al centro, ponerme el delantal y arrancar el turno. Salía de noche, cansada, con tareas pendientes. Pero como siempre respondí bien en el estudio, ellos me dejaban dormir un ratito en clase. Me daban ese espacio. Y yo lo agradezco. Porque sabían que ese descanso era necesario para seguir adelante.

También trabajé en un almacén de ropa en el centro de Chía, donde aprendí a vender, a saludar, a conectar con las personas. De ahí nació el apodo que hoy llevo con cariño: ‘la Veci’. Porque a todo el mundo le digo “veci” con aprecio: “Hola, veci, ¿cómo va?”.

En épocas guerreras, mi mamá me ayudaba a hacer sándwiches en casa y yo los vendía en la universidad. También vendía dulces en Transmilenio. Me subía al bus, explicaba que era para apoyar mis estudios, y la gente colaboraba. Porque cuando uno tiene una causa buena siempre hay alguien dispuesto a tender la mano.

De lo que más orgullosa me siento es de haber terminado mis estudios, de haber empezado mi carrera profesional, de haber trabajado, de haber hecho una especialización. Hoy, a mis 25 años, me veo y digo: “Sí se pudo”. Soy humilde. Yo le jalo a lo que sea, desde que haya que trabajar. Hoy hago lo que me gusta, pero si mañana toca hacer otra cosa, adelante. Porque así es la vida. Lo importante es no quedarse quieto.

Lo que más feliz me hace en el mundo es tener a mi mamá, a mi papá, a mi hermano. Estar rodeada de gente buena. Ser un referente en mi comunidad. No hay nada más valioso que eso. Y aspiro a que muchos jóvenes se motiven a seguir estudiando. Estudiar es solo el primer paso, pero uno enorme. No hay que rendirse.

ME SIENTO ORGULLOSA DE HABER SALIDO ADELANTE, EN MEDIO DE TANTAS CAÍDAS, PERO LEVANTÁNDOME GRACIAS AL APOYO Y A LAS COMPETENCIAS QUE PUDE FORTALECER DEBIDO AL ACOMPAÑAMIENTO PERMANENTE DE LA FUNDACIÓN. ME SIENTO ORGULLOSA DE MI RESILIENCIA.

De hecho, tengo tatuada la palabra en el brazo. Porque eso es lo que soy: una mujer resiliente. Que no se da por vencida.

He tenido muchos ángeles en el camino. Todo lo que me ha dado la vida ha sido bueno. Haber salido de un colegio público, haber podido estudiar sin pagar un peso, haber tenido la oportunidad de trabajar en lo que me gusta... todo eso lo valoro con el alma. Haber podido contar con el apoyo de la Fundación para creer en los sueños y proyectos que he ido construyendo.

Mi sueño es seguir trabajando en el sector público. Algún día quiero ser concejal, representar a los jóvenes por los que tanto he luchado. Quiero seguir siendo su voz, su apoyo, su referente.

A los jóvenes —y a los que no lo son tanto— les digo: luchen por sus sueños. Aférrense a Dios, confíen cada paso que dan. A veces los pasos son cortos, pero si son firmes, avanzan.

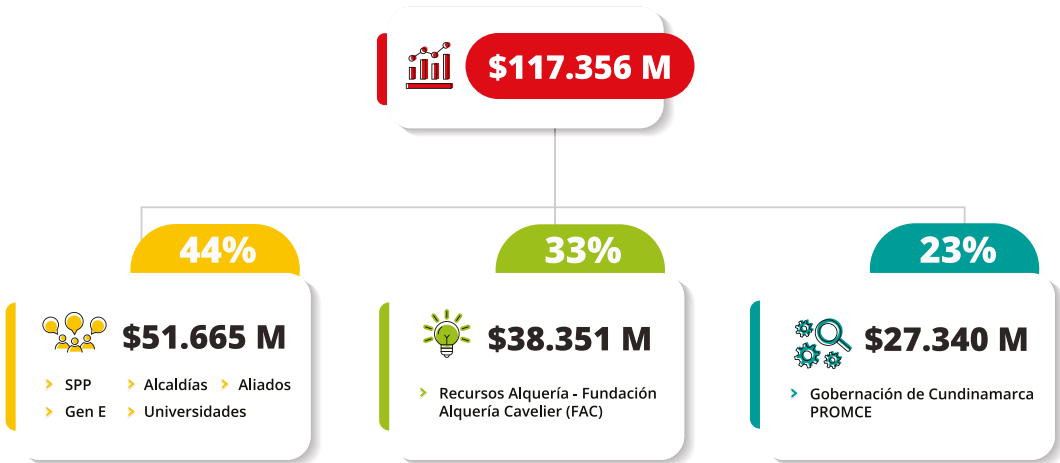
Y crean. Créanles a sus sueños, a sus ideas, a su capacidad. Si se quieren ir a la luna, pues se van a la luna. Pero háganlo con amor, con convicción, con una razón clara. Por ustedes, por sus familias, por eso que los mueve por dentro.

Y para mi generación, solo una cosa más: que sigamos trabajando, que sigamos luchando y que nos convirtamos en líderes referentes. ¡Y que viva Santa Fe!

15 AÑOS INVIRTIENDO EN EL MEJORAMIENTO DE LA CALIDAD EDUCATIVA PÚBLICA EN CUNDINAMARCA

Recursos invertidos y apalancados

2010 - 2025



UN EQUIPO QUE TRANSFORMA SUEÑOS EN REALIDADES

Consejo Directivo



Carlos Enrique Cavalier Lozano



María Teresa Piedrahita Córdoba



Luisa Pizano Salazar



Jerónimo Alfonso Castro Jaramillo



Luis Javier Castro Lachner



Ana María Cavalier Piedrahita

Equipo de la Fundación Alquería Cavalier



Sergio Iván Fernández Uribe
Director ejecutivo



Patricia Castañeda Paz
Gerente del PROMCE



Francy Lilly Rodríguez Hernández
Coordinadora del PROMCE



Andrea Franco Pachón
Coordinadora del PROMCE



Cindy Tatiana Sedano López
Especialista del PROMCE



Nelly Rocío Rocha Bernal
Coordinadora de programas



Carolina del Pilar Martínez Peña
Coordinadora de comunicaciones

JUNTOS HEMOS DEMOSTRADO QUE TODO ES POSIBLE;

lo mejor aún está por venir

Este libro es un homenaje vivo a los sueños de rectores, coordinadores, docentes, estudiantes y familias que se atrevieron a creer que era posible transformar la realidad. Es un tributo a las oportunidades que viajan en medio de la ruralidad y encuentran en cada vereda y en cada institución educativa oficial a quienes tienen el talento y la convicción para transformarlas en esperanza para su familia y en progreso para su región.

Durante 15 años, la Fundación Alquería Cavelier ha trazado un mapa sin fronteras geográficas o sociales con el único propósito de unir a la región a través del mejoramiento de la calidad educativa pública. Con esta hoja de ruta ha llegado hasta los colegios públicos más recónditos de Cundinamarca, sin importar lo apartados o pequeños que resulten. **Siempre con el propósito de entender los sueños, los desafíos y las expectativas de las comunidades educativas en un trabajo mancomunado que permita generar desarrollo social y económico en la región.**

En estas páginas viven 15 historias que representan las voces y las vidas de las comunidades educativas beneficiadas, con las que se ha construido un mundo de oportunidades y nuevos horizontes. Están contadas desde el corazón de un municipio, de una vereda, de un colegio, de un hogar.

Este camino, emprendido hace 15 años por la educación de alta calidad en los colegios públicos de Cundinamarca y el acceso de sus estudiantes a la educación superior, ha sido un viaje colectivo. Hemos caminado de la mano de 200 rectores y de sus comunidades educativas, con quienes de manera conjunta construimos esa transformación educativa en los colegios públicos que lideran, articulando a sus docentes, coordinadores, estudiantes y familias para que, desde las aulas, aseguren los mejores resultados institucionales y, sobre todo, grandes seres humanos y líderes para cada una de sus regiones.

Gracias a la academia que ha cruzado su mirada con la de nuestros niños, niñas y adolescentes que merecen las mejores oportunidades. A las universidades de Los Andes, Javeriana, Sabana y Rosario por ver en nuestros talentos excepcionales de la región una inversión que retornará a la sociedad profesionales comprometidos con el futuro del país.

Al Liceo Francés, al Colegio Los Nogales y al Gimnasio El Hontanar todo el reconocimiento por abrirles las puertas a las niñas y niños que a tan corta edad ya demuestran ese liderazgo capaz de cerrar brechas sociales.

En este camino no nos han faltado aliados estratégicos. Gracias a las fundaciones Lazos de Calandaima y Payandé por aportar todo su compromiso y su experiencia en territorio. Y, por supuesto, a la Gobernación de Cundinamarca y las alcaldías por tener su mirada puesta en la educación pública de alta calidad como un faro para **transformar sueños en realidades** de todo el departamento.

Este libro no termina aquí. Se despliega más allá de sus páginas, en los pasillos donde resuena la risa de los niños, en el eco de una tiza que escribe futuro en el tablero, en la voz firme de un maestro que nunca se rinde. Se siente en las manos de una madre que acompaña, en el orgullo silencioso de un padre que sueña, en la mirada de un estudiante que descubre que dentro de él caben todas las oportunidades.

Quince años nos han enseñado que la educación no es solo un camino: es la llave que abre puertas, la chispa que enciende vocaciones, el puente que conecta lo imposible con lo alcanzable.

Hoy no cerramos un libro: abrimos miles de capítulos nuevos. Cada aula es un escenario; cada pupitre, una semilla; cada niño y niña, la promesa de un mañana más justo, más brillante, más humano.

Porque cuando la educación transforma vidas, el futuro deja de ser un sueño... y se convierte en destino. 

